

# El exilio argentino en la correspondencia de Ortega y Gasset: la crisis de las etimologías

Marta Campomar

## Resumen

La traumática experiencia de aquellos que eligieron la Argentina, como tierra de exilio para escapar de los acontecimientos de la Guerra Civil Española, se pone en evidencia en la correspondencia de Ortega y Gasset con sus correligionarios en que se manifiestan las dificultades de encontrarse en un país expuesto a cambios ideológicos nacionales e internacionales que generaban confusión en los conceptos y etimologías de uso cotidiano en las relaciones privadas. Esta situación afectaba las comunicaciones personales entre las editoriales compitiendo por el lucrativo mercado del libro español entre compromisos periodísticos y académicos, y en un ambiente sensibilizado y tenso por las guerras europeas y los cambios sociales argentinos.

## Palabras clave

Ortega y Gasset, España, Argentina, Guerra Civil Española, exilio

## Abstract

The traumatic experience of those who chose Argentina as the land of exile escaping from the Spanish Civil War, achieves special relevance in the light of Ortega y Gasset's correspondence with his fellow members. The letters reveal difficulties encountered in a country exposed to ideological changes at a national and international level in which concepts and etymologies are subject to the daily confusion of private relationships. This situation affected personal communications between editors competing for the lucrative market of the Spanish book, in a sensitive journalist and academic atmosphere due to the tensions emerging from Europe's wars and social changes within Argentina.

## Keywords

Ortega y Gasset, Spain, Argentina, Spanish Civil War, exile

**E**l exilio es un fenómeno que tiene tantas caras, motivaciones y reacciones afectivas como personas involucradas en el proceso de encontrarse, en una etapa de su vida o para siempre, expulsada de su tierra natal. Las palabras de Ortega a Victoria Ocampo en el inicio de su exilio definen perfectamente esta traumática situación: “Cuando pasa en un país lo que está pasando en España, es como si te cortaran las raíces y te quitasen el suelo bajo los pies. Dicen que las orquídeas pueden vivir así, en el aire, pero los que no somos orquídeas quedamos, por lo pronto, como anquilados”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Grenoble, 21 de septiembre de 1936.

### Cómo citar este artículo:

Campomar, M. (2010). El exilio argentino en la correspondencia de Ortega y Gasset: la crisis de las etimologías. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 103-157.  
<https://doi.org/10.63487/reo.515>

Revista de  
Estudios Orteguianos  
N° 20. 2010  
mayo-octubre



Tanto en la Argentina como en España subsisten distintos prejuicios, tergiversaciones y simplismos sobre el exilio de algunas personalidades españolas durante la Guerra Civil y el posfranquismo. Por ello, resulta delicado abordar este tema sin romper con ciertos “mitos” preestablecidos. Los argentinos hemos asumido que la España peregrina fue un proceso de destierro republicano para escapar del fascismo franquista. Sin embargo, el material epistolar orteguiano pone de manifiesto una diáspora anterior de intelectuales y científicos universitarios cuyo único móvil para salir de España fue escapar del desenfreno popular que se había apoderado del republicanismo con el golpe militar de 1936. Instituciones universitarias, editoriales y domicilios privados fueron allanados por el sector marxista que amenazó las vidas de aquéllos que no se adherían incondicionalmente a sus exigencias políticas. Y casi simultáneamente desaparecían de Madrid, en ese mismo año, Ortega, García Morente, María de Maeztu, Zubiri, los Jiménez Fraud, Castillejo y muchos otros espíritus reformistas, liberales o institucionistas que habían trabajado activamente para integrar a España, por medio de la educación y la ciencia, al resto de Europa. Muchos de ellos inclusive habían puesto sus esperanzas en el nuevo régimen republicano que luego desembocó en una auténtica y desenfrenada anarquía popular, de la cual Ortega se habría apartado con su célebre frase: “no es esto”.

El proceso de someter a nuestra lupa de conveniencias históricas contemporáneas la vida de otros, genera toda clase de distorsiones o, en el caso académico, moviliza, como preveía Ortega, un riguroso aparato de erudición que, con frecuencia, petrifica o abstrae el legítimo ir y venir de individuos a quienes se despoja de su “real sentido íntimo”, según palabras del propio Ortega de 1940 en Buenos Aires.

En esta historia de intimidades ultrajadas no hay expresión más sensible y más delicada que el género epistolar. Forma parte de esa intrahistoria doméstica en la que los personajes aparecen ante nosotros en su más desnuda cotidianeidad. Esos tres elementos que Ortega incluyó en sus diálogos con los argentinos entre 1939 y 1942 –intimidad, integridad, y “la nuda visión de las cosas”–, nos preparan para penetrar en uno de los períodos más dramáticos de toda una generación de españoles exiliados, repatriados o residentes que, junto a los que se quedaron en su tierra natal viviendo en la periferia de un sistema que los excluía, sufrieron, todos ellos, los efectos de una atroz guerra civil que no debe minimizarse. Expuso a toda una sociedad a un cambio psicológico profundo que, como diría Gregorio Marañón, sustituyó una conciencia civilizada por una conciencia remota, más feroz. Ambas, biológicamente legítimas, reproducen el tremendo daño de la anormalidad social, y despiertan la herencia ancestral del antropoide, dormida en el estrato común de los hombres.

Estos sentimientos los expresó Marañón en Buenos Aires en una conferencia auspiciada por la Revista *Sur* de Victoria Ocampo, en 1937. En ella, Marañón reafirmaba, como médico, que en tiempos de anormalidad los revueltos pozos ancestrales suben a la superficie y se erigen en rectores de acción. En las guerras y revoluciones se asiste al espectáculo del reemplazo del alma actual por el alma primitiva, que actúa en la crueldad de los ejércitos y en la barbarie del populacho. Esta sustitución se verifica en las multitudes, extendiéndose con amplitud y rapidez igual que el contagio de infecciones. “Pero lo que estremece, comenta Marañón, no es que el hombre de los instintos sanguinarios encuentre, en el fragor de las barricadas o de las trincheras, el cauce libre para ejercitarlos; sino que miles y miles de gentes comedidas y honorables, se conviertan, de súbito, en seres feroces; en asistentes impasibles de la crueldad; o, por lo menos, en justificadores teóricos del crimen. No es dudoso que estas mismas personas, si su destino les hubiera ahorrado el espectáculo de la violencia colectiva, hubieran acabado sus días dentro de la más absoluta normalidad. Y lo demuestra que, cuando la lucha se extingue, vuelven, desde luego, a sus hábitos pacíficos y muchos no tienen nunca el sentimiento de la responsabilidad de sus violencias”<sup>2</sup>.

En un trabajo conjunto que realizamos con doña Soledad Ortega, ansiosa de esclarecer este difícil período de su historia familiar y de numerosos españoles amigos de su padre que subsistían duramente en el exilio sin poder concretar el retorno a la normalidad profesional y personal, las circunstancias que emergían de estos epistolarios eran tan complejas y angustiantes que preferimos ceder la palabra a los protagonistas. Estas cartas, cotejadas con algunos textos de la última docencia de Ortega en Buenos Aires, revelan la soledad, el miedo, la suspicacia, el vacío de espíritu, el embotamiento de los sentidos y el intelecto, por la silenciosa incomprensión que padeció el exiliado en una sociedad porteña insegura de su identidad, de sus alianzas y del lenguaje político que utilizaba indiscriminadamente para tachar reputaciones ajenas. Eran sociedades jóvenes en las que surgían manifiestos políticos e ideológicos que luego se desdecían o quedaban desfasados en el transcurso de los cambios que alteraban el tablero internacional. Pero lo más importante del exilio argentino de Ortega (que se expresa en toda clase de cartas, textos y conferencias), es la sensación y la frustración de ver que el pensar ha quedado atrapado “en la cárcel inexorable del idioma”, en un vocablo equívoco que produce desconfianza en las palabras.

---

<sup>2</sup> Gregorio MARAÑÓN, “Soledad y libertad”, en *Vida e Historia*. Buenos Aires: Espasa Calpe, colección Austral, 1941, pp. 9-37. Cita de p. 16.

## El lenguaje del exilio: las dificultades del decir y del entender

La gran liberación que Ortega anuncia desde su exilio porteño es la de la tiranía del lenguaje que esclaviza la raíz misma del ser humano. Comenta a su público de La Plata: “Si yo continúo algún tiempo en la Argentina y si en la Argentina interesan de verdad las exploraciones insospechadas del puro pensamiento, intacto de política –cosas ambas, aquella permanencia y aquel interés, un tanto problemáticas–, yo expondría en Buenos Aires, por vez primera lo que creo haber hallado sobre este asunto, ideas que pudieran ser de gran velamen y constituyen nada menos que los principios de una nueva filología”<sup>3</sup>.

Es interesante al respecto la correspondencia de Ortega con su traductora alemana Helene Weyl<sup>4</sup> donde alude en 1937, desde su exilio en París, a los Principios de una nueva filología como parte de la estructura de su *Aurora de la Razón Histórica*, obra que supuestamente pensaba desarrollar en su estadía en Argentina. Como anticipo de este proyecto, publicó en el diario porteño *La Nación* fragmentos de “Ideas y Creencias” y artículos sobre Mundos interiores que serían parte integral de esa misma razón histórica. Entre los problemas que suscitaba este proyecto intelectual, le menciona Ortega a su traductora alemana la necesidad de generar una “nueva manera de ver no sólo la filología sino la lingüística”. Vincula a ambas con asuntos que tenían que ver en tiempos de guerra y exilio con problemas humanos colectivos, y dentro de ellos emerge la índole biográfica de su propia intimidad naufragando en el exilio. Porque para Ortega, según le confiesa a Helene Weyl, pensar la realidad humana en su pura variabilidad y circunstancialidad, y dentro del relevo generacional, implicaba reunir todos estos elementos en el eje central de la historia universal a la vez que desnudaba su propia trayectoria como intelectual en crisis. Incluso con su eficiente traductora alemana, cuando se radicaba en la Universidad de Princeton, sentía un distanciamiento que cobraba expresión “oficial” durante el exilio en parte porque Ortega sentía que en Estados Unidos se le juzgaba por su elitismo antidemocrático desde *La Rebelión de las Masas* y porque no tomaba partido en la contienda contra Franco. Sin duda, Ortega se siente más a la defensiva frente al anglosajón que al alemán o europeo. No espera que desde este sector se entiendan los asuntos públicos de España, experiencia que se extenderá también a la mala interpretación de los argentinos desde una cultura hispana compartida.

<sup>3</sup> “Meditación del Pueblo Joven”, *Oc85*, VIII, 392. Las obras de José ORTEGA Y GASSET se citan por la edición en doce volúmenes, Madrid: Alianza Editorial, 1983. Indicando el número de tomo en números romanos y el de página en arábigos.

<sup>4</sup> Correspondencia: José ORTEGA Y GASSET, Helene WEYL, edición de Gesine Märtens. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.

La preocupación de Ortega por el fenómeno de la lengua se manifiesta en todas sus funciones. Ya sea desde la traducción de sus obras a otras lenguas extranjeras como queda registrado en su artículo “Miseria y Esplendor de la Traducción” publicado en *La Nación*<sup>5</sup> o su obsesión por el “auténtico decir” del que dejara constancia en el “Prólogo para Franceses”, serie que le sigue en Julio-Agosto de 1937. Desde su primera parte titulada “Límites de la palabra. La homogeneidad creciente”, demuestra cómo dentro del mismo escenario en su exilio francés Ortega vincula la radical soledad en la que vive, con el desafío de la lengua que se le había convertido en operación ilusoria. La traducción es utópica en tanto modifica textos escritos en idiomas que se forman en paisajes diferentes y en experiencias distintas, lo cual revela paradojas, incongruencias, “perfiles” incoincidentes que se ponen en marcha al intentar hacer inteligible a auditorios distintos de los nativos, las resonancias intelectuales y emotivas que esconden las palabras. Existe también un organismo de ideas que, como las circunstancias son cambiantes, envejecen un texto que ha tenido como su rebelión de las masas “su momento” de acierto. Admite en su “Prefacio”, leído por el lector de *La Nación*, que ser leído por los franceses este libro escrito para “unos cuantos españoles” es cambiar el destinatario, en épocas en que “hablar” se ha convertido en un ejercicio extenuante. El lenguaje que se tenía como medio para manifestar pensamientos, ya no cumple su función, que es la de entenderse con sus semejantes.

Según reflejan los epistolarios con varias personalidades, la porción trágica de la vocación de Ortega como filósofo se vio atrapada en la imposibilidad de expresar lo que se lleva dentro, el poder decir cuanto uno piensa. Entenderse hablando con su público, ya fuese el español, el europeo como el americano era entrar en un diálogo que “despotenciaba” su eficacia. Se ha abusado de la palabra, de su uso y, en consecuencia, se ha desprestigiado el instrumento de la comunicación. Desde hace casi dos siglos se ha creído que hablar “urbi et orbi”, a todos y a nadie, sin conciencia de las limitaciones del lenguaje, era la forma de hablar con contundencia de la humanidad. El comentario de Ortega en su “Prefacio” es significativo: “Yo detesto esta manera de hablar y sufro cuando no sé muy concretamente a quién hablo”. Reniega de esta costumbre que es forma sublime, pero la más despreciable de las demagogias. Considera que la palabra es un sacramento muy delicado de administrar, sobre todo en tiempos de confusión política.

A Helene Weyl le aclara que su abstención política no implicaba que fuese capaz de pensar con pleno desinterés en la vida de otros, ni de ayudarle a pen-

---

<sup>5</sup> *La Nación*, Junio-Julio, 1937.

sar en sí mismo. La comunicación humana acarrearba, en tiempos de conflicto internacional un grave colapso del idioma que erosionaba el entendimiento entre naciones y, más traumático para Ortega, sus relaciones personales, testimonio que registran las cartas de Ortega a sus amigos. Los epistolarios dejan entrever hasta qué punto él sufría los efectos del habla cotidiana contaminada de frivolidad, de semi-ideas anónimas, de terminología ya fraguada no se sabe por quién, lenguaje que se usaba –como los servicios públicos– a disposición de grandes masas que no distinguían matices y confundían los más llanos decirs según quién lo dice y quién lo oye. Por esto mismo, se quejaba Ortega de que el carácter y la procedencia de las palabras de uso privado o colectivo, podrían llegar a ser grandes verdades o grandes necedades; pero “la gente”, culta o inculta, no distinguía entre unas y otras. Es en esta encrucijada verbal donde se instalaban la confusión y el malentendido.

Como filósofo, Ortega no se hacía ilusiones vanas de ser comprendido, a pesar de treinta años de labor universitaria y de haber tratado de comunicarse con su público periodístico o radial; en el caso argentino, con mentes de un pueblo joven que alardeaba de utilizar el idioma con rebeldía y sin medir las consecuencias del uso de las etimologías en su largo contenido histórico, con lo cual se le hacía difícil al pensador poder compartir sus teorías filosóficas con precisión. En la babel literaria del porteño era difícil distinguir entre ideas y creencias, tomando en consideración que sus élites intelectuales emancipadoras habían montado su armazón ideológico antihispano en creencias y credos que aspiraban a establecer las raíces nacionales en el revoltijo inmigratorio europeo, rompiendo voluntariamente con su pasado colonial hispano y con la fuerza telúrica de sus masas nativas que los vinculaban a culturas subsistiendo en otras partes del Continente hispanoamericano. Ortega durante años de docencia periodística, desde su razón vital e histórica, sacudió la conciencia de este público joven respecto a su pasado étnico y cultural. En la incertidumbre de su propia identidad nacional truncada y en tiempos de confusión ideológica mundial, resultaba imposible dialogar con gentes que hablaban su lengua pero que se encerraban en su propio narcisismo imaginario. Ortega llega a expresar su frustración en reuniones porteñas donde los que no entendían de política hablaban de política, “pero están resueltos a salvar el país y de paso los demás países y la humanidad. ¡Ah...y también la cultura! ¡Porque la cultura esta en peligro y ellos, precisamente ellos, la van a salvar!”<sup>6</sup>.

En este difícil contexto de entenderse o “consaberse”, hubo sectores intelectuales argentinos que intentaron permanecer en la zona de la independencia estético-literaria, libre de compromisos indeseables, como fue el caso de Amigos

<sup>6</sup> “Balada de los barrios distantes”, *Oc*83, VIII, 408.

del Arte y de la propia Revista *Sur* de Victoria Ocampo. Sin embargo, en las tensas “circunstancias” mundiales se encontraron diciendo y haciendo cosas que variaban a cada instante, en la pura circunstancia, como diría Ortega, lo que establecía versiones equívocas entre el que hablaba y el que escuchaba. Inclusive las amistades más cercanas a Ortega, convivían en un clima porteño lleno de contradicciones y personalismos de tercera posición que luego se asociaron con “los rojos” o con la causa “leal”, como oposición al fascismo franquista; o, como el diario liberal *La Nación*, con los conservadores nacionalistas. Las editoriales también se sumaron a este juego de ajedrez ideológico donde las adhesiones, como le advertía Ortega a Lorenzo Luzuriaga, no resultaban inocuas. Personalidades como Guillermo de Torre, Francisco Romero, Borges, Emilio Ravignani, y otros integrantes de la Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles, conformaron el entorno de resistencia antifascista junto a algunos intelectuales que colaboraban con la editorial Losada, mientras que la editorial Espasa-Calpe de Argentina parecía inclinarse hacia el sector del régimen entonces imperante en España. Pero de un lado o del otro, las pasiones, las acciones, y las ideas se utilizaban en defensa de democracias, liberalismos, nacionalismos o marxismos radicales que, en la realidad del hablar cotidiano, se volvían etiquetas de fácil aplicación sin que se pudieran dilucidar la coherencia ideológica y el resultado práctico de sus significaciones.

Además, el porteño no estaba dispuesto a escuchar, o lo que escuchaba se derivaba en objeciones. El comentario de Ortega es que “a todo hay algo que decir, a todo hay algo que objetar”. Esta morbosa complacencia de la que se quejó en su conferencia radial sobre la criolla, generaba un ambiente en el que “casi nadie dice, se contradice”<sup>7</sup>. El porteño con el que trataba Ortega se había convertido en un viviente e irritante objetor hacia los demás, ejercicio que era un modo de frenar y trabar la vida.

En 1939 Ortega se topó en Argentina con un comportamiento social exacerbado por la crisis interna y externa. Tuvo que lidiar con malas inteligencias y dogmatismos de varios colores que interpretaban gestos, textos y adhesiones personales desde una insuficiente evaluación de los hechos que hacía imposible que no se encresparan o destruyeran las bases de un entendimiento razonable, aun tomando en cuenta el hecho de que siempre existen discrepancias inevitables. Al ser naciones jóvenes, sus gentes operaban sin inhibición, sin freno, lanzando pasiones que se disparaban subitáneas sobre el que pasaba. Su comentario en la Universidad de La Plata, en “Meditación del Pueblo Joven” de 1939 es significativo: “Las calles y los salones de Buenos Aires y los círculos académicos están llenos de rebaños de panteras magníficas que caen sobre

<sup>7</sup> “Meditación de la criolla”, *Oc83*, VIII, 411-445.

el transeúnte”<sup>8</sup>. Son las pasiones de Buenos Aires, indómitas y sin bozal, a las que no le faltaba la lamentable envidia hispana y las enraizadas divisiones internas de la colectividad española en Argentina, profundamente escindida por la Guerra Civil.

Y en este contexto, el lenguaje que le ha sido dado al hombre desde su cuna para comunicarse y para comunicar al prójimo sus pensamientos, en tiempos bélicos no cumple su función. No dice lo que quiere decir y el idioma lo esclaviza, “haciéndole decir lo que no quiere”.

Ortega siente que el lenguaje en esta situación traiciona su íntimo designio, suplantando la intención espontánea con fórmulas envejecidas que el uso le impone. El ciudadano vive bajo la tiranía del lenguaje que lo esclaviza. Ortega le advierte al argentino que lo que se requiere es la próxima liberación del hombre que será la rebelión contra el lenguaje. Esta liberación llega hasta la raíz misma del ser humano, que es su pensar.

La desconfianza en el idioma, su carácter “equivoco”, la impotencia que siente ante el decir del instante, le hace renunciar a decir todo lo demás. Para Ortega fue un gran trauma personal tanto lo callado como lo dicho. La simple pronunciación de una palabra podía disparar consecuencias imprevisibles y conducir a malas interpretaciones. Tanto los “decires” como los silencios generaban distintas significaciones según quien hablase o escuchase. En este contexto, la realidad del hablar se convirtió en el exilio argentino de Ortega en su gran preocupación. Revelaba que no bastaba para entenderse con su público, con conocer bien la lengua; se requería, además, para entenderse, el “conocerse los que hablamos”. En este sentido, pone distancia entre el argentino y el residente español, pese a que todos, expresándose en la misma lengua, no compartían el secreto interno del exiliado, sus vivencias, las hostilidades recibidas y la autenticidad del individuo a la defensiva. La agresión, cuando le viene de fuera, incluso de la propia colectividad, que no tenía idea exacta de lo que había pasado en España, generaba entre él y su público discrepancias abiertas en las que, por ignorancia de sus compatriotas, necesitaba callar muchas realidades. Ortega siente que solamente los exiliados entre sí “se saben” vitalmente los unos a los otros. Sus existencias estaban mutuamente ligadas al gran drama de la guerra española. Con los argentinos, la distancia es aún mayor, incluso tratándose de sus propios amigos que no tienen remota idea de lo que significó para él el trauma español. Ésta es la gran paradoja que produce el exilio argentino; y, en este sentido, considera Ortega que el hablar se compone principalmente de silencios.

---

<sup>8</sup> “Meditación del Pueblo Joven”, *Oc83*, VIII, 405.

La amarga queja de Ortega desde Argentina era sentir que su “intimidad” estaba avasallada por presiones políticas hacia su persona. Él se mantiene en solitario, resguardando su mundo interior incluso de aquéllos que dicen conocerlo. Alega que los que ha tratado en su viajes anteriores no tienen la más remota idea de lo que significa él para sus compatriotas. Ésta sería la gran paradoja de su exilio argentino por lo cual anuncia que su hablar se compone, entre amigos y enemigos, principalmente de silencios.

Efectivamente, en medio de confusas versiones y apreciaciones de lo que ocurría en España, Ortega prefirió entre los sudamericanos la discreción y el silencio. Desarrolló lo que algunos historiadores de la lengua denominan una “hermenéutica del silencio”<sup>9</sup>, callando ante hechos complejos reducidos a simples fórmulas por “la gente”, y hasta por profesores universitarios extranjeros que opinaba ideológicamente sobre los acontecimientos de España. Con su traductora Helene Weyl recrimina de “grotesca” la interpretación norteamericana de la actuación republicana “roja” y de los “rebeldes” franquistas en la que incurrieron con distintos matices los argentinos, incluyendo la revista *Sur* de Victoria Ocampo. Ante la imprecisión del análisis sobre los acontecimientos españoles, Ortega tomó el camino de la “absoluta abstención” para no entrar en el juego de las pasiones políticas de ningún bando específico. Su espíritu y su apreciación de los hechos españoles en curso no se prestaba a la interpretación insidiosa de intereses europeos o norteamericanos, ni a los prejuicios sudamericanos, con sus encrespadas colectividades españolas que no le permitían expresarse abiertamente para descargar su conciencia atormentada.

Ortega vivió en Buenos Aires con la sensación de que toda palabra significaba infinitas cosas según quién las decía, y que estaba rodeado de malas voluntades que malinterpretaban su conducta ensimismada y su alta docencia sin contenido político como una evasión o una implícita adhesión al totalitarismo. Y si el ambiente porteño engendraba frivolidades y “tremebundeces” en torno a su persona, lo más preocupante era sentir que en el trato social con amigos, “sin advertirlo, sin quererlo, más aún, queriendo todo lo contrario, resulta que hemos herido a muchas personas”. Lo que en Europa no producía fricción, en Argentina parecía suscitar enojos, descontento e irritación.

Estas advertencias de Ortega respecto a los secretos del exiliado y a los que arrastran vidas desterradas, describe la cruda realidad de las dimensiones anímicas del exilio. En épocas más recientes se le ha querido dar al exilio español un aire positivo, rindiendo homenaje a quienes mantuvieron su dignidad en el

---

<sup>9</sup> Este tema se trató en el libro de Pilar ORDÓÑEZ LÓPEZ, *Miseria y esplendor de la traducción. La influencia de Ortega y Gasset en la traductología contemporánea*. Castellón de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2009.

extranjero, trabajando duro para la cultura española, descubriendo cosas nuevas y ensanchando en el exilio su imaginación. Sin embargo, en los epistolarios de Ortega del exilio argentino se aprecia que son pocos los que tienen este privilegio de autorrealización complaciente. Sánchez Albornoz fue el único que, con la ayuda de Rafael Vehils (Presidente de la Cultural), de Alberini y de Ravnani y con fondos de la Fundación Rockefeller fundó el Instituto de Historia de España que dejó escuela en Argentina. Sin embargo, esta eminencia reconocida internacionalmente, en un primer momento de su permanencia en el país, fue explotado vilmente en la Universidad de Cuyo, Mendoza, mientras había funcionarios argentinos cuyos ingresos duplicaban a los de Albornoz. En la soledad del “archidestierro”, viviendo en un hotel sin poder abrir baúles, sin editoriales para publicar libros, en la incertidumbre económica de todo exiliado, su comentario a Ortega revela su escepticismo. Una frase condensa su estado de ánimo: “Es dura la emigración en estas condiciones”<sup>10</sup>.

Para estas fechas, Ortega, enojadísimo, estaba organizando su retorno a Europa, queriendo olvidar la pesadilla sudamericana donde nada jugó a su favor, ni por azar. Todo lo que intentó desde Argentina para rehacer una alta cultura en su lengua desde el cono Sur, le fue vedado. María de Maeztu, sola y deprimida, con problemas de corazón, se suicidó en enero de 1948 en Mar del Plata. La burocracia estatal había entorpecido su sueño de reabrir la residencia de señoritas en Buenos Aires por ser ella ciudadana española. Lorenzo Luzuriaga colaboró con la Editorial Losada; ensambló manuales pedagógicos y mantuvo en Tucumán una revista, pero no hemos encontrado evidencia de su plan de reforma educativa en el norte del país, aun siendo un autor muy leído por docentes nacionales de distintas regiones. García Morente, quien tuvo pleno respaldo de las autoridades provinciales y un seguro porvenir en la Universidad de Tucumán, no resistió la soledad y el desarraigo del desterrado. Al poco tiempo, volvió a España con su familia para entrar en el sacerdocio. Falla, quien compartió la dirección de un concierto en el Colón para los 25 años de la Cultural, se refugió en Alta Gracia sin dejar estela musical de relevancia en su total aislamiento. El conocidísimo histólogo Pío del Río Hortega llegó a Argentina empobrecido y sin lugar donde continuar su investigación. La Institución Cultural Española le improvisó un laboratorio en sus dependencias y Bernardo Houssay le consiguió un puesto provisorio en la Facultad de Medicina. Murió al poco tiempo en el Hospital de Avelino Gutiérrez, recibiendo el homenaje de la colectividad y de un sector de la ciencia argentina en la que dejó fieles discípulos. Entre 1945 y 1946 desaparecían Falla, Pío del Río Hortega y, muy pronto, Avelino Gutiérrez. Se cerraba así ese efectivo intercambio científico de la Institución

---

<sup>10</sup> Mendoza, 30 de diciembre de 1941.

Cultural Española con la Junta para Ampliación de Estudios de Madrid, desmembrada en 1936 por la diáspora intelectual hasta que un decreto menéndez-pelayista en mayo de 1938 la aniquiló definitivamente.

En Buenos Aires, la Institución Cultural Española tomaba un nuevo rumbo presionada por la oficialidad franquista y los cambios ideológicos de la Asociación Patriótica Española, que se adhería incondicionalmente al hecho consumado de la victoria nacionalista, y alentaba divisiones en la colectividad. Ésta fue la realidad subyacente para las Bodas de Plata de la Cultural, evento en el cual Ortega clausuraba definitivamente la curva histórica fundacional de dicha institución, proclamando al argentino y al sudamericano como un nuevo modo de ser español, en el proceso de consolidación de estas naciones hispanas y sus necesidades de cambiar de dirección en un continente de origen colonial.

No todos los exiliados españoles de esta primera hora pueden llevar el glorioso título de exiliados políticos; sí les cuadra mejor el de intelectuales desterrados por el desastre político español y europeo, por esa violencia colectiva que había arrasado con la vida de muchos profesionales, que intentaron subsistir en la apacible y próspera América. Esta realidad cruel, la del desarreglo de vidas profesionales, que no todos sintieron como incentivo para redescubrir nuevos mundos imaginativos, se palpa en el intercambio de cartas con Ortega donde se toca de cerca la fibra más íntima que encerraba la frustración por la pérdida de la normalidad social, la humillación de ser español y el malestar que ocasionaba sentimentalmente el desarraigo existencial profundo. El exilio argentino en su conjunto fue, para los españoles de esta primera tanda, una triste experiencia humana. Eran hombres y mujeres maduros que, como le confiesa Ortega a Victoria, habrían de vivir errantes en “esta hora de declinación física” y en un país que les era hostil, renuente a incorporarlos a sus cátedras universitarias.

En medio de tanto desconcierto, la mente clara de Ortega vislumbró, tal como venía advirtiendo en el diario *La Nación*, el colapso más absoluto del intelectual ante fenómenos históricos que no controlaba. El ambiente bélico dejaba al ser pensante en un estado de inoperancia total, fuera de la órbita de influencias y decisiones políticas. También le preocupaba a Ortega, en tiempos de crisis, que se juzgara a las personalidades fuera del contexto histórico de sus vidas, que se encontraban naufragando en el extranjero. Para un pensador lúcido eran tiempos de transición, donde no se veía claramente el rumbo a tomar en medio de opciones extremas y en un exilio forzoso, sin medios económicos para vivir decorosamente. Esta penosa situación no permitía al intelectual exiliado asumir una relación relajada con el entorno ni con su propia docencia teórica. Expulsado de la cátedra universitaria, sin libros y con dificultades para comunicarse en momentos de alteración mundial, el exilio sudamericano aca-

bó siendo para Ortega otra etapa de ofuscación personal con pérdida de amistades y vínculos académicos. El comentario de Ortega a Marañón, estando de vuelta en Lisboa en 1943, resume la experiencia argentina como frustración compartida: “Es evidente que los dos últimos años, contra lo que pudiera haberse esperado, han sido para nosotros igualmente los más enojosos”<sup>11</sup>.

Además, hay que tomar en cuenta otro factor: muchos españoles, que llegaron a Argentina escapando primero del exilio español y luego del europeo, sentían amenazada la seguridad de la familia. En Ortega se nota una especial suspicacia al respecto. Lo que podría haber sido un cómodo refugio en compañía de viejos amigos pasó a ser una traumática experiencia psicológica con la latente preocupación del sustento o la seguridad de los familiares que habían quedado en la Península.

Esta angustiante situación la vivieron algunos colegas de Ortega que ya habían experimentando su momento de descubrimiento y fascinación por el nuevo mundo americano desde la cátedra de la Cultural en viajes anteriores; eran profesionales familiarizados con el entorno social como Ortega, María de Maeztu, Luzuriaga y García Morente. Todos ellos habían conocido las aulas académicas argentinas, el ambiente editorial porteño y contaban con amigos, ya fuese en la colectividad española o en la sociedad argentina más culta. El exilio puso a prueba las lealtades y sacó a la superficie los prejuicios con que los argentinos trataban el tema español, proclamando libertades retóricas mientras cuidaban sus espaldas contra el anarquismo republicano o el caos comunista de las brigadas populares. Pero, ante todo, cuidaban celosamente sus puestos de trabajo, temerosos de la posible invasión de nuevas inmigraciones que se desplazaban desde Europa hacia el Nuevo Mundo.

Ortega se quejaba en 1939, estando allí, de que los criollos opinaban machaconamente y sin criterio informativo sobre los sucesos de España, “hablando como canta el jilguero”. Creían que estaban cantando por su cuenta, en plena libertad de pensamiento, pero en realidad sonaban esclavizados, aplicando fórmulas envejecidas que reciclaban viejos mitos, sobre todo el de España como nación “decadente”, atrasada y clericalizada. Ortega era consciente de que en Buenos Aires la sociedad porteña culta juzgaba el fracaso del Viejo Mundo como el colapso de un modelo civilizador que debía dar paso al pujante modelo norteamericano. Ésta era una cuestión ya discutida por Ortega en varios artículos de *La Nación* pero, con el conflicto internacional de por medio, era más difícil entenderse para abrir espacios al diálogo rectificador.

El mundo revuelto del periodismo y de las revistas en boga conspiraba contra concepciones historicistas de raíces más hondas como las que utilizaban

<sup>11</sup> Lisboa, 1 de enero de 1943.

Ortega o Marañón, tomando como referencia tiempos y tipos humanos en períodos similares de extrema crisis o en transición. Los debates ideológicos eran ásperos y, en relación a la Guerra Civil Española, se exigían adhesiones contundentes y políticas concretas, no visiones retrospectivas de razón histórica, como las realizadas por Ortega y Marañón sobre las figuras emblemáticas del padre Benito Feijóo o del exiliado valenciano Luis Vives, cuyo centenario Ortega conmemoraba en Buenos Aires en 1940 con ocasión de los festejos de las Bodas de Plata de la Cultural.

Ortega vivió en Argentina, no ya teóricamente, sino en carne propia, el colapso del intelectual europeo cuestionado por un mundo de masas y por extremos políticos que no permitían soluciones razonables ni convivencias pacíficas. En este ambiente desapacible, le confiesa a Luzuriaga que son ellos, los intelectuales, seres ineptos. En su artículo del 29 de diciembre de 1940 en el diario *La Nación* titulado “El Intelectual y el Otro”, afirmaba ante los argentinos que desde hacía tiempo él había comprendido que el intelectual “iba muy pronto a ser centrifugado de la consideración pública”. Con el andar de la historia, de ser todo, iba a pasar, sin intermisión, a ser nada, y añade: “No he contado nunca con que, en serio, se me hiciera caso y no estaba dispuesto ni estoy dispuesto a aceptar la ficción de que soy entendido [...], lo que me hizo prever el desmoronamiento del intelectual fue advertir que iban a apoderarse de los mandos históricos las muchedumbres y que estas muchedumbres eran profundamente incultas porque los intelectuales habían cometido el tremendo error de crear una cultura para intelectuales y no para los demás hombres”.

### Vista de Buenos Aires, desde París

Éste es el trasfondo histórico a los epistolarios entre colegas y exiliados que se encuentran en los fondos de la Fundación Ortega y Gasset de Madrid, y de los cuales hemos recogido con Soledad Ortega testimonios desgarradores relacionados con el exilio de su padre. Lo que sobrevuela en estos testimonios intimistas es el desconcierto, la inseguridad respecto del desenlace español y, en esta primera oleada de intelectuales que debieron alejarse de sus cátedras y buscar refugio en el extranjero sólo con lo puesto, se percibe la problemática dependencia de todos ellos de la buena voluntad de los que los incorporaban a su vida cotidiana.

Hay muchos testimonios de colegas desperdigados por Europa, que tuvieron que escapar de la amenaza populista universitaria sin una peseta en el bolsillo, recibiendo ayuda de amigos para poder reorganizarse económicamente. Éste fue el caso de Ortega, quien llegó a Francia enfermo del hígado, angustiado por las presiones a las que fue sometido en Madrid, en compañía de su

mujer Rosa y sus tres hijos, Soledad, Miguel y José. La peseta no valía nada y lo primero que se le ocurrió fue llamar por teléfono a Victoria Ocampo para pedirle un giro que le sería devuelto cuando sus vidas se normalizaran.

Desde Argentina, ni Victoria ni Bebé Sansinena sabían del paradero de los Ortega y recurrían a la redacción de *La Nación* para tener noticias. Un cable de Ortega, enviado a Victoria al día siguiente de su llegada a Francia fue el primer indicio de que estaban a salvo pero sin dinero. Ortega le pidió a Victoria un préstamo y añadía el comentario: “Ya ves cómo, al necesitarlo de verdad, es a ti a quien primero recurro”. Y como la peseta no valía nada le pide francos. En la situación apurada que pasaba su familia, necesitaba asegurar su horizonte y le pidió que, entre sus amigos más próximos, se hiciera una colecta en carácter de préstamo “que pasadas estas circunstancias, yo habría de devolver. Esta cantidad debería serme girada por avión y no a mi nombre sino al de mi hijo mayor”<sup>12</sup>.

Según se pone de manifiesto en cartas a Victoria, en los primeros momentos más cercanos a la decisión de emigrar con su familia, el motivo inicial fue salvar sus vidas. Ortega le cuenta confidencialmente los pormenores de su salida de España, donde deja entrever el temor por su seguridad personal y la de su familia. En carta desde Grenoble, relata su odisea personal a raíz de las amenazas de jóvenes escritores comunistas, quienes querían forzarle a firmar un manifiesto de adhesión a la República que él se negó a firmar, con lo cual este grupo lo emplazó violentamente. Ortega le aclara a Victoria que lo que querían era utilizar su nombre en beneficio de la causa y, al no lograrlo, le amenazaron de muerte y luego lo destituyeron de su cátedra en la Central de Madrid. En lo más profundo de su ser, Ortega entendió que el exilio sería, para él, permanente: “Yo he salido de España convencido de que, muy probablemente, no volveré a ella nunca o tardaré mucho, que habré de vivir errante en esta hora de declinación física y –esto es curioso– sin que mi situación previa en España lo justifique, sino todo lo contrario, porque he sido el primero en combatir toda demencia y criminalidad que ahora se va a sentir”<sup>13</sup>.

En estas circunstancias, Victoria le ofrece en el verano de 1937 su casa de Mar del Plata como refugio para descansar con su familia. Ortega admite que la invitación es tentadora por razones emotivas, de clima y de posible descanso para escribir. Pero declina la invitación alegando que sería imposible viajar porque estaría gestionando el retorno de sus hijos a España, cuando aún no se podía entrever el estado de espíritu de las fuerzas victoriosas. Inseguro de su propia situación, especulaba con que una vez que se tomara Madrid, y con ello

<sup>12</sup> Grenoble, 5 de septiembre de 1936.

<sup>13</sup> Grenoble, 24 de octubre de 1936.

comenzara a reconstruirse España, de ser éste el desenlace, él debería ser tratado con deferencia, ya que hasta el momento de la conflagración, gozaba del respeto del sector conservador y no del revolucionario, y añadía el comentario: “Lo único que puede oponer es haber tenido que firmar un manifiesto de tres líneas declarando la adhesión al gobierno de la República. Pero todos ellos saben –y lo repiten– que fue una cosa forzada bajo las más terribles amenazas”<sup>14</sup>.

Las explicaciones de primera hora a Victoria eran las más sinceras que se habían compartido con una amiga que se declaraba apolítica. A ella le da detalles que explican su conducta personal: “Yo me negué rotundamente a firmar –estaba grave aquellos días– otro en que se arremetía contra los militares. Pero esta negativa indignó más a los jóvenes escritores comunistas que volvieron con nuevas amenazas. Entonces dije que sólo firmaría tres líneas en que no se fuese contra nadie y que hubiese podido firmar un año antes. Así salió aquello –redactado por no sé quien y que contrastaba tanto con el manifiesto adjunto de los «escritores antifascistas», que subraya su carácter forzado y de despego. Por eso, el periódico *Claridad* arremetió conmigo culpándome con razón, de ese resultado contraproducente y haciendo constar que «mi filosofía era en la que se habían alimentado las mentes fascistas». Y añado todavía el siguiente comentario: “Es de advertir que en aquellos días cada delación de este tipo en ese criminal periódico solía ser seguida a las veinticuatro o cuarenta y ocho horas de fusilamiento. Yo comprendí, sin embargo, que antes querrían obligarme nuevamente a algo en que mi nombre fuese utilizado en su beneficio. Y, en efecto, pocos días después volvieron –yo en la cama, medio muriendo– ¡para que hablase por radio a América! Haciendo intervenir a algunos más sensatos, conseguí una demora que pude aprovechar para escapar con todos los míos, aunque no podía sostenerme en pie. Un par de semanas más tarde la «comisión universitaria depuradora» me destituyó de mi cátedra como «contrarrevolucionario». Ortega le dice a Victoria que todo esto lo puede contar a sus amigos pero no como dicho por él. En carta anterior le había pedido prudencia porque la situación en su país era complicadísima y “por reflejo, en la colonia española de ahí, importa mucho que guardes la mayor reserva sobre el contenido de esta carta”<sup>15</sup>.

Otra fiel admiradora de Ortega, Bebé Sansinena, al recibir noticias de Victoria con respecto a la situación de los Ortega, organiza una colecta en Amigos del Arte y le envía, por cable, la suma de 3.000 pesos. Victoria envió más de los 500 pesos pedidos por Ortega, con lo cual él contesta que con estas sumas ya se siente más tranquilo para reorganizar su exilio francés. El 21 de

<sup>14</sup> *Idem.*

<sup>15</sup> Grenoble, 5 de septiembre de 1936.

septiembre de 1936 le responde a Victoria desde Grenoble: “Te he agradecido enormemente la pronta generosidad con que has acudido a mi demanda. Hace tres días recibí un cable de Bebé anunciándome el envío de 3.000 pesos por la Sociedad de Amigos del Arte. Con lo uno y lo otro quedo en perfecta tranquilidad de horizonte para los próximos meses”. Le comenta además que, en tiempos europeos tan desapacibles, no sabe uno dónde situarse. Francia está en tensión extrema. Se vive en un equilibrio inestable peligrosísimo con respecto a Alemania; y Rusia hace esfuerzos por extender su comunismo. En otra carta discute la situación de Inglaterra, que presenta dudas respecto de Alemania. Ortega siente que la situación de Europa depende de ella y que la suerte de España estaba vinculada al tablero internacional según quién moviera las piezas, una realidad que muchos de sus colegas no parecían percibir con claridad creyendo en un rápido retorno a España.

Ortega le comunica a Victoria la posibilidad de viajar en diciembre a Cuba, como habría tenido programado antes de que explotara la guerra, y desde el Caribe llegar hasta Argentina. Esta propuesta intranquiliza a Bebé porque conoce el problema de salud de Ortega. A ambas mujeres les parece que este viaje caribeño es un disparate. Intentan atraerlo a Buenos Aires por el Atlántico, pero Ortega no se decide al tener que solucionar el problema de sus hijos. Así, le comenta a Victoria: “Me preocupan horriblemente mis tres hijos. Por eso espero a ver un poco más claro cuáles pueden ser sus posibilidades próximas en España”<sup>16</sup>. Miguel, como médico, quería unirse a las filas del ejército nacionalista, gestión que requirió una delicada intervención de amigos, intervención que se refleja en la correspondencia del exilio con Morente y Luzuriaga. Es una constante de estos epistolarios de exilio el afán de proteger y ubicar en puestos de trabajo en el extranjero a los hijos, como fue el caso de Soledad Ortega, de lectora en Gales. Pero tampoco quedaba claro cuál sería la conducta del régimen victorioso respecto de todos estos intelectuales que con el tiempo estarían expuestos a campañas de represalias clericales y adhesiones ejemplificadoras del nacionalcatolicismo, ansioso de recuperar a “conversos” liberales, o acercarlos al roce con intelectuales más afines al régimen que gozaban de puestos oficiales como defensores de un menéndezpelayismo a ultranza, columna vertebral del nacionalcatolicismo en boga.

En los epistolarios se nota en Ortega una hipersensibilidad hacia lo que se dice o se deja de decir de su persona, especialmente en el círculo más íntimo de la alta sociedad argentina. El feroz ataque de Alfonso de Laferrère desde *La Nación* atribuyéndole el colapso de la monarquía y su consecuencia, la Guerra Civil, coincidía con entrevistas publicadas en ese mismo diario a Alfonso XIII

<sup>16</sup> Grenoble, 24 de octubre de 1936.

en el exilio, en las que se quejaba de las revoluciones elegantes que habían de-  
puesto a la institución monárquica generando desestabilización y caos social.  
Este cruce de opiniones ponía a Ortega en la difícil situación de ser persona  
*non grata* para ambos extremos, como para una sociedad consumista que se en-  
tusiasmaba con las realezas europeas y se mimetizaba con la suerte de reyes,  
emperadores y cortesanos nobles que deambulaban en el exilio, mezclándose  
con las adineradas burguesías americanas.

La demora del viaje a Buenos Aires de 1937 se debió, en parte, a este ma-  
lestar de Ortega que intuía los efectos de las malas inteligencias argentinas, en  
un clima que se traducía también en una actitud agresiva hacia los miembros  
de la Agrupación para la Defensa de la República. Lo cierto es que la poster-  
gación del viaje fue un duro golpe para Bebé, quien, en su correspondencia con  
Ortega, hace lo indecible para persuadirlo de que se instale en Buenos Aires  
con Rosa y Soledad. A ello se sumaba el ofrecimiento de Amigos del Arte de  
1.500 pesos por conferencia, el precio más alto de la Asociación.

En la etapa inicial, Victoria y Bebé movilizan fuerzas para conseguirle otra  
serie de conferencias en la Facultad; y Coriolano Alberini ofrecía 2.000 pesos  
para que hiciera con ellos lo que quisiera. Se organizaron charlas en la radio, se  
le ofrecieron adelantos para el viaje; no le faltaría nada. Victoria, por su lado,  
gestionaba la publicación de un libro, financiado por el intendente de Buenos  
Aires, Mariano de Vedia, donde Ortega se referiría a las relaciones entre España  
y Argentina, tema que a Ortega le pareció inviable en los tiempos que corrían.  
Así, le comenta a Victoria en carta del 16 de noviembre de 1937: “Las cosas de  
España no son hoy cuestión de literatura, ni siquiera de diversión”. No tiene hu-  
mor para ello. Victoria le propone escribir sobre Buenos Aires para no perder-  
se la lucrativa suma de 5.000 pesos que le ofrecía de Vedia y Mitre. Lo cierto es  
que estas dos amigas criollas le ponían a disposición fuentes de ingreso remun-  
erativas y tranquilizadoras que, por razones personales, no aceptó.

El sorpresivo corte de Ortega con el diario *La Nación* a raíz del ofensivo ar-  
tículo de Laferrère del 11 de julio de 1937 titulado “Idolatría del Intelectual”  
enrareció el ambiente con la redacción del diario y fue necesaria la interven-  
ción directa de Fernando Ortiz Echagüe y Eduardo Mallea en este asunto tan  
delicado que había ofendido su orgullo personal<sup>17</sup>. Perder los ingresos de *La  
Nación* en esta etapa de su exilio europeo era indicio de lo mucho que a Ortega  
le había dolido el exabrupto publicado inconscientemente por Mallea. En su  
correspondencia, admite Ortiz Echagüe que Ortega tenía derecho en estas di-  
fíciles circunstancias a sentirse más susceptible que de ordinario, pero le pide

---

<sup>17</sup> Hemos tratado en detalle esta correspondencia en Marta CAMPOMAR, *Ortega y Gasset en La Nación*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 2003.

que recapacite en su decisión: “Conoce usted demasiado bien el carácter argentino para no conceder un valor relativo a ciertas formas que no corresponden realmente a nuestro concepto europeo de las cosas”. En esa misma carta del 25 de septiembre de 1937 desde Berlín, Ortiz Echagüe le asegura que la juventud argentina lo respeta y, si no ha sentido el calor cordial, es porque el país estaba atravesando un momento difícil. Con franqueza, siente que *La Nación* ha sido víctima de un disgusto pasajero y de susceptibilidades de exilio.

Amigos como Victoria Ocampo o María de Maeztu intervienen también en el asunto, queriendo mediar a favor de *La Nación*. Las cartas donde Mallea pide con respetuosa insistencia de la casa que dé por revocada su decisión no bastaron para hacerle cambiar de opinión. Mallea, a pesar de que le asegura que el diario no se solidarizó con el articulista, agrava las cosas insinuando que Ortega estaría deformando los hechos por la distancia y las apariencias. Lo que despierta en Ortega una respuesta “técnica” sobre las relaciones entre la conducta y los hechos irreversibles que hacen a su integridad personal. A pesar de que respeta la libertad de expresión del diario, en conciencia siente que no puede volver a colaborar con una publicación en que habrían tratado con tanta inquina y desinformación a los miembros de la Agrupación, y sobre todo, a su oficio intelectual y profesional.

Por un tiempo, Ortega se mantuvo en Europa alargando el asunto del viaje a Argentina y no contestaba a los ofrecimientos de Bebé. La noticia del aplazamiento del viaje de 1937 llegó de la mano de García Morente camino a Tucumán y fue una gran desilusión para quienes habían ayudado económicamente a Ortega desde el exilio. Amigos del Arte se había quedado sin su “vedette” y *La Nación*, por intermedio de Fernando Ortiz Echagüe, pedía explicaciones por este aplazamiento, que también defraudaba al diario *La Nación*, que había anunciado en sueltos culturales con bombos y platillos su próximo retorno al país.

Entre sus amigos más cercanos, existía la impresión de que Ortega había eludido el viaje por sentirse susceptible con respecto a opiniones y lealtades hacia su persona. Marañoñ no habría tenido una estancia grata en Buenos Aires, dando conferencias de emergencia en La Cultural, algunas de las cuales fueron auspiciadas por *Sur*. Bebé, Victoria y Ortiz Echagüe le aseguran a Ortega que el ambiente es ahora más favorable. María de Maeztu, quien mete baza en el asunto, le comenta en carta del 25 de septiembre de 1937 desde Buenos Aires: “No se deje usted llevar por impresiones que puedan falsear la realidad. Esto es un lecho de rosas comparado con el resto del mundo y todos tienen por usted tal respeto y veneración que no hay que ni suponer que alguien pudiera molestarle”. El último mensaje de María era todavía más prometedor: “Aquí todos le esperan con impaciencia y con el mayor cariño”. Ella aprovecha para

recriminarle a Ortega su negativa a viajar que, según le había dado a entender a Victoria, se había debido a razones de salud. Bebé lo increpa por el abuso del cigarrillo y el café que le afectan al hígado, dolencia que ella también padecía.

Ortega le cuenta a Victoria que, en medio de su enfermedad, en París, ha sentido una gran calma, una dulzura que no sabe de donde le viene. "Porque de fuera no es. Salvo tú y Bebé nadie en el mundo se ha preocupado y ocupado de mí. Todo lo que de fuera me venía, era ingrato"<sup>18</sup>. Quizás estas desventuras podrían ser momentos de cosecha de pensamiento enriquecido. Pero lo que más desea, si llega a Buenos Aires, es un lugar donde escribir tranquilo. Le promete a Victoria, para la revista *Sur*, un artículo sobre la responsabilidad de los intelectuales europeos, pero ella no se hace ilusiones de recibirlo. En cuanto al viaje postergado, ella le hace saber que ha decepcionado a muchos amigos, añadiendo un comentario significativo: "Creo que te haces falsas ideas de lo que es la vida aquí. Todo ha funcionado de maravillas para María, por ejemplo, y tú temías lo contrario"<sup>19</sup>. En aquel entonces, María estaba llevando adelante las gestiones para poder abrir su residencia de señoritas mientras vivía con Victoria y daba conferencias en Buenos Aires. Con el tiempo, Ortega tendría razón. Ese jardín de rosas se convertiría para ella en honda depresión.

Un asunto pendiente que merodeaba en algunas cartas con colegas en el exilio, era el de la destitución de las cátedras. Como le había contado a Victoria, habrían sido destituidos de ellas, por órdenes del gobierno de la República, Morente, Zubiri y Ortega. Las cartas con Morente ofrecían más detalles sobre esa cruda realidad. El epistolario de Ortega con españoles en el exilio revela la precariedad profesional de estos académicos despojados de universidades, escuelas, residencias, editoriales, periódicos, laboratorios; en otras palabras, de todo el andamiaje docente en el que se habían sostenido sus vidas. Súbitamente, desaparece ese sustento laboral, quedando a la deriva su normalidad circundante en ambientes hostiles a todo lo español. Morente le confirma a Ortega el hecho de que "usted, Zubiri y yo, habíamos sido destituidos oficialmente y *nominatim* en tres decretos salidos en *La Gaceta*. No me extrañaría nada que ello fuera verdad pues nuestros tres nombres figuraban en la lista de depuración que preparaba la comisión especial nombrada por el Ministro. Precisamente ésta fue la causa decisiva de mi salida de Madrid. Pero yo tenía entendido que nuestras destituciones no llegaron a publicarse en *La Gaceta*, porque se adelantó el decreto general de cesantía de todos los funcionarios"<sup>20</sup>.

La correspondencia con García Morente tuvo dos etapas: La de su exilio en París y la de su exilio en Tucumán. Una de las características de los epistola-

<sup>18</sup> París, 23 de marzo de 1937.

<sup>19</sup> Buenos Aires, 17 de julio.

<sup>20</sup> París, 21 de octubre de 1936.

rios de 1936 es la búsqueda y rastreo de amigos en la diáspora. García Morente es quien le informa a Ortega en París sobre el paradero de muchos conocidos diseminados por Europa. Con cautela, se preguntan sobre el paradero de unos y otros, y Ortega demuestra una extremada prudencia a la hora de intercambiar información. Morente no cree que Ortega, en el extranjero, tenga motivos para tanta desconfianza. Sin embargo, nadie confía en la seguridad del correo. Ortega le llega a decir a Luzuriaga y a Morente que pueden estar en riesgo sus vidas y la de parientes con este intercambio de noticias y había incluso quienes utilizaban iniciales para no involucrar a sus conocidos.

Sin duda, Morente parece estar mejor informado sobre los colegas que deambulan en el exilio francés, como Zubiri, Establier, Cabrera. Le cuenta a Ortega que Zulueta está en Roma y Ramiro Prieto y Jiménez Fraud, con su mujer Natalia Cossío, y Castillejo, en Londres. Que Américo Castro momentáneamente se encuentra en Argentina y que de María de Maeztu no se sabía nada. Los republicanos habrían matado a Ramiro, con lo cual su ausencia era especialmente una preocupación para todos sus amigos.

En muchos de estos españoles, incluyendo a Morente, existía la sensación de que la guerra sería corta. Franco pondría orden y, en cuestión de meses, estarían todos de vuelta en sus cátedras y entornos familiares. El sentimiento de que el exiliado podría resistir viviendo de su valija en un tiempo interino aparece en la correspondencia de Fernando Vela desde Tánger. En carta enviada el 4 de abril de 1940 a Buenos Aires, ya pasado el fin de la guerra, le comenta a Ortega: "Sigo con esa sensación, probablemente común a todos los españoles y acaso a todos los europeos, de provisionalidad, de viaje o fonda, durante el cual tenemos las cosas metidas en la maleta y no las sacamos porque estamos de paso y no merece la pena [...], en suma, que estoy en el pasillo del vagón fumando y esperando la estación final". Estando Ortega en Argentina, mientras intentaba organizar proyectos editoriales, le ofreció la posibilidad a Vela de reempacar su equipaje y empezar a vivir pasando el resto de su exilio en tierras americanas. Vela respondería en una carta del 4 de abril del año 40 que no creía que se pudiera alcanzar la normalidad en el exilio, y añadía el comentario: "Yo no sé si ir a Buenos Aires, sería aumentar la sensación de provisionalidad".

Para estas fechas, tal como había previsto Ortega, el exilio se habría complicado con la situación de Europa. Sánchez Albornoz, mientras trabaja y espera desde Mendoza le comenta: "Esperar no sé qué, pues el panorama de Europa y España no es nada sonriente para los hombres liberales a quienes repugna por igual toda barbarie"<sup>21</sup>. Pero en los primeros meses de la guerra, la mayoría de los intelectuales que intercambian cartas con Ortega no preveían

<sup>21</sup> Mendoza, 30 de diciembre de 1941.

la posibilidad de un largo exilio. La espera para volver a España se vuelve más traumática cuando algunos asuntos familiares como partos, fallecimientos, el trabajo y la seguridad de los hijos, el mantenimiento de niños y ancianos que han quedado atrapados en zonas y frentes de uno u otro bando, se vuelven una preocupación cotidiana. Estas íntimas realidades domésticas formarán parte del desgarrador testimonio del exilio, traducándose a la vez en dolorosas decisiones y actitudes generosas entre padres e hijos, que abundan en el epistolario de Ortega.

Lo más conmovedor de estos epistolarios de la *intelligentzia* española es descubrir el costado desacralizado de personalidades que se suelen conocer por sus obras en abstracto o por sus reputaciones públicas, más que por sus dramáticas situaciones personales. En 1940 y 1941, Ortega y Marañón, al rescatar la figura del valenciano Luis Vives, un personaje de moda en aquellos tiempos, destacaron precisamente el aspecto biográfico, distorsionado con frecuencia por una incomprensión historicista de la época en la que padecieron el exilio. Desde *La Nación*, en su artículo “Vives: Humanismo, Renacimiento”, Ortega apelaba a la mirada pendular del historiador, para que se movilizara del hecho que se estudia hacia atrás o adelante, para detectar las auténticas vísceras, es decir, la efectiva realidad “de lo que fue ese hecho positivamente para quien lo vivió”<sup>22</sup>.

Lo cierto es que cada testimonio epistolar contiene su propia víscera personal lastimada. Morente le relata a Ortega cómo tuvo que salir del infierno madrileño porque los de la FAI de Jaen habían matado a su yerno, dejando a su hija viuda con 22 años y dos bebés de 15 y 3 meses. Morente rescató a su familia en Toledo, esquivando las “hordas salvajes”, que recorrían los pueblos. En cuanto a la Universidad Central, donde había sido Rector, le cuenta cómo los comunistas, que habían tomado la Universidad, depuraron a los profesores entre los que estaban Zubiri y Ortega. Pepe Gaos intentó defender a Morente, pero los estudiantes querían su vida. Besteiro le aconsejó que se fuera; así fue como llegó a Francia con lo puesto. Estaba viviendo con un amigo de la Sorbona y un argentino de apellido Rodríguez, discípulo suyo, que le regaló 1.000 francos para poder sobrevivir.

### La cuestión de las editoriales o las editoriales en cuestión

Otro incidente que interesaría a Ortega era la situación de Espasa-Calpe. Morente pasó para cobrar un trabajo y se topó con un comité de obreros que gobernaban la casa. Las autoridades parecían ausentes y, aunque el comité no

<sup>22</sup> *La Nación*, 24 de noviembre de 1940.

disponía de nada, anulaban todas las disposiciones y negaban pagos de facturas que no eran de su agrado. Él tuvo suerte y cobró, pero ya le daba a entender a Ortega cuál era la situación de su editorial, la misma que abriría una sucursal en Buenos Aires y en la que Ortega centró sus esperanzas de supervivencia docente en América del Sur.

En estos testimonios es importante aquilatar cuán profunda era la incertidumbre de muchos intelectuales con respecto al rumbo que tomarían en España los acontecimientos políticos. Morente, desde París, desea el reestablecimiento de la monarquía con la ayuda de Inglaterra. Ortega, al intercambiar correspondencia con Luzuriaga en Londres, no confía del todo en que los ingleses entiendan el problema español y ofrezcan su ayuda a España. En algunas cartas con Morente, Luzuriaga y Vela, el porvenir de Europa le parece borroso, cubierto de negros nubarrones que se acumulan en el horizonte estratégico internacional. Ortega percibe que, en el ambiguo equilibrio de fuerzas entre fascistas, comunistas, colonialismos imperiales, pacifismos endebles y nacionalismos mesiánicos, nadie apoyará a los españoles republicanos. Este desencanto se lo comunica a su amigo "Luzu", en aquel entonces embelesado por la "civilidad" democrática anglosajona.

La correspondencia de Ortega con Lorenzo Luzuriaga también tiene dos etapas: la de Glasgow y la de Argentina. Ya desde Gran Bretaña, existían ciertas discrepancias en la forma de pensar de ambos. Luzuriaga se maravillaba del orden y el respeto británico y se declaraba, más que nunca, liberal anglosajón, categoría que, más adelante, Ortega le cuestionaría desde Argentina. Con respecto a la actualidad, con cierta ingenuidad Luzuriaga opinaba que los intelectuales debían hacer algo para contrarrestar los desequilibrios extremos de España. Ya que ningún bando tenía razón, insinuaba que no era bueno tener a España dividida en dos mitades o que una fuese sometida a la otra. Esta división sería calamitosa para el porvenir de su gente y haría desaparecer el liberalismo, "única forma decorosa de vida, justamente cuando éste empieza a renovarse en Europa".

En defensa de este liberalismo moderado, Luzuriaga propone un liberalismo mediador con Ortega a la cabeza. Sería cuestión de crear un tercer partido, el de una minoría inteligente, que empezara a destituir a líderes extremistas o ineptos. "Ese grupo, le dice en una carta desde Glasgow podría contar, en su día, con la masa de españoles que hoy no están adscritos a los dos bandos o lo están a la fuerza, con parte de los que hoy pelean de buena fe, pero que oirían con gusto a otros"<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> Glasgow, 15 de julio de 1937.

Ortega no comulga con estas propuestas porque básicamente desconfía del hispanismo anglosajón que no entiende a España. La decisión de crear una tercera España redentora no tenía sentido y mucho menos la de un partido de intelectuales que resultaría deplorable, un acto de “inanidad” contraproducente. En carta desde Holanda le comenta: “Tiene perfecto sentido una intervención de los que están fuera de España que consista en trabajar desde fuera por uno de los bandos, pero lo que no lo tiene es pretender, hoy por hoy, representar una tercera España”<sup>24</sup>. Es muy crítico acerca de una carta de Madariaga en esta dirección. Además, aprovecha la oportunidad para decirle a su discípulo que él siempre había combatido viejos liberalismos y que desde el año 1915 venía insistiendo en que sería necesario un nuevo esquema, con un nuevo liberalismo actualizado compatible con los cambios sociales y políticos del presente.

En cuanto a la teoría de las dos Españas, no cree en la hipótesis de que dos minorías extremas luchan entre sí. Admite Ortega que el gran torso de la nación se encuentra más cerca de Franco que del gobierno republicano de Valencia y teme a las clases obreras alcoholizadas por los demagogos quienes se lanzan a la revolución total. Frente a esta revolución, el gran torso de España se levanta teniendo que seguir a minorías de la extrema derecha para combatirla, sin poder pretender ir más lejos. No conviene, le advierte a su amigo, “envaguecer las cosas”. Y si se cree que media España quería la revolución al estilo ruso, “entonces no se podría hablar de posibles liberalismos en mucho tiempo y en ninguna forma”.

Durante este período de exilio europeo, Ortega opinaba que la realidad española estaba falsificada, que los españoles no vivían del fondo de sí mismos, y que la intervención internacional complicaba las cosas; por lo tanto, alegaba que no podía haber una verdadera posición nativa. Le pide a Luzuriaga que se informe sobre las gestiones de alto nivel de Pérez de Ayala en Londres e insiste en que había que estar bien informado para hacer un análisis correcto de lo que ocurría en España. Ortega presentía que, ni los españoles ni los ingleses de Londres, estaban bien informados como los de París. Esta información requería discreción, prudencia y mayor exactitud. Le advierte a Luzuriaga que la frivolidad y el anacronismo ideológico partidista de los medios de comunicación generaban desequilibrios. Y en cuanto a Inglaterra, la ve con genio suficiente como para reinventar una paz europea, pero había que trabajar duro por ella. En una carta desde París del 15 de diciembre de 1937 le comenta a Luzuriaga que le molesta el pacifismo ingenuo de Inglaterra y, especialmente, el estúpido imperialismo que profesa.

---

<sup>24</sup> 2 de agosto de 1937.

A pesar de las respuestas contundentes de Ortega, Luzuriaga insiste en la tercera posición de reserva. Admite que se complica el panorama mundial y el de Inglaterra con el tema de Oriente. Se defiende contra las acusaciones de Ortega de que no están bien informados en Londres, y le advierte que el inglés es muy hermético y Glasgow una ciudad escocesa tan chica como Bilbao o Barcelona. Comenta: “Uno es tan poca cosa en este país tan cerrado”. Mientras tanto, a España la encuentra cada día más arruinada y con menos vida constructiva. Lo que une a los dos amigos en esta etapa de su exilio es el rescate de la vida y el futuro de sus hijos.

Entrando ya Europa en guerra, muchos intelectuales españoles en el exilio, inseguros de lo que España podría ofrecerles bajo un régimen militar de estricto catolicismo nacional y vinculado al fascismo europeo, emprenden un giro hacia América. Argentina y Méjico eran las opciones más viables, además de ciertas plazas universitarias en Estados Unidos. Cuando Luzuriaga parte hacia Argentina para ocupar una cátedra en la Universidad de Tucumán, Ortega le pide que se informe “con el juicio más objetivo imaginable” sobre la situación de las editoriales en el país. Y, como lo más simple se ha vuelto complicado en la vida de cada persona, le dice que no se extrañe de que le insista en la recomendación de estricta confidencialidad, ya que a Ortega le interesaba saber más detalles sobre Espasa Calpe de Argentina.

A comienzos del año 39, Ortega entiende que muchos pueblos, por razones diferentes, le son vedados, y elige a Portugal como destino para escapar de Francia. A pesar de recibir invitaciones de amigos argentinos para pasar su exilio allí, siente cierta reticencia al respecto y no quiere involucrarse con propuestas efímeras. Mientras tanto, otro personaje comienza a influir en la decisión de Ortega de instalarse en Argentina. Nos referimos a la presencia de María de Maeztu, quien, atraída por proyectos incumplidos de organizar una residencia de señoritas en Buenos Aires (donde traería a trabajar con ella a Soledad Ortega y a su tía Rafaela) y por sugerencias irresistibles de Victoria Ocampo, abandona sorpresivamente su puesto docente en Estados Unidos. La correspondencia con Margarita Mayo es un testimonio de este error garrafal que María no pudo revertir cuando se encontró a la deriva, girando como docente ambulante por provincias como La Pampa para sustentarse económicamente y enviar dinero a los suyos. Con los años, le confesaba a su vieja amiga Margarita que “me dejé llevar por la emoción y me he metido en un callejón sin salida”. En la capital porteña subsistía de conferencias en Amigos del Arte y de clases particulares que dictaba en casa de una admiradora, la señora Nelly O’Farrell de Mihanovich, quien llegó a ofrecerle su enorme casa de la calle Rodríguez Peña para la futura residencia estudiantil.

De este modo, el exilio de María no habría sido menos angustiante que el de Ortega. Después de una intensa búsqueda para saber de su paradero, los amigos argentinos recibieron información de que habría llegado a Biarritz, según palabras de Ortega a Victoria, deshecha física y moralmente, habiendo pasado por toda clase de horrores. Tanto Victoria como Avelino Gutiérrez se movilizaron para traerla a Argentina. María llega de visita a Buenos Aires en julio de 1937. Al tomar la decisión de quedarse en la capital porteña, Ortega le consulta sobre el asunto de las editoriales. No confiaba del todo de la información recibida de Luzuriaga, quien había hablado muy bien de Gonzalo Losada y su nueva editorial. María pronto lo pone al tanto de la división entre Calpe y Losada, y le comenta sobre la piratería ilegal de su Revista de Occidente, revista “muy codiciada pues, agotada en los depósitos que había en las librerías, todo el mundo pide esos libros y nadie los tiene”. Y añade al respecto: “Me permito, Ortega, prevenirle para que no se sorprenda su buena fe, pues el señor que se separa de Espasa-Calpe debe hacerlo —no lo sé— por razones políticas y se teme que reciban fondos de esa turbia fuente que prolonga la tragedia de España”. María le insinúa a Ortega en otra carta desde Buenos Aires el 6 de julio de 1938 que los miembros de Calpe se sienten con autorización como para publicar sus libros y su revista.

Es evidente que María no puede evitar los resquemores con respecto a las actividades de la izquierda española en Argentina. No obstante, le advierte a Ortega que a Manuel Olarra se le ha ido la mano con su derechismo. No duda en mencionar que el enemigo, los rojos, cuentan con dinero espurio para ir contra Calpe, y deja caer la noticia de que se estaría gestando una gran editorial para unificar esfuerzos. Las tentadoras ofertas de Losada eran un peligro y le advierte a Ortega que cuide especialmente a quién venderá sus derechos de autor.

En una segunda carta del 13 de julio de 1938, María vuelve sobre el asunto de las editoriales, confirmándole que la escisión de Calpe-Losada ha sido por razones políticas. Rafael Vehils, la persona de más alto prestigio en el mundo de los negocios de la colectividad española, desea crear una nueva editorial Sudamericana, en protección del libro español, a la deriva con la guerra. María le presenta a Victoria, quien tenía ganas de hacer de *Sur* una gran empresa editorial, con capitales que aportaran los grandes financieros del país y personas de alta solvencia. Sin duda, María opina que Vehils sería la persona adecuada para aliarse con ella, y de paso le comenta que este español ha tenido que tomar, en momentos difíciles para España, la presidencia de la Cultural porque los socios estaban preocupados por el izquierdismo de Avelino Gutiérrez, socialista republicano a ultranza y de poca afinidad con el régimen de Franco. Ello demostraba el sesgo prudentemente conservador que tomaría la Institu-

ción en el conflicto interno de España y en medio de las colectividades que le exigían involucrarse con los manifiestos contra la invasión extranjera en territorio español.

La idea detrás de la alianza Victoria-Vehils era, para María, una fórmula ideal para evitar el choque Losada-Calpe. No hay duda de que María exhibe una marcada preferencia por *Sur*, y se toma la libertad de recomendarle a Ortega que le entregue a Victoria sus derechos de autor. Sus amigos le piden, dice María, “que le escriba yo a usted para que no se anticipe usted a dar sus derechos o su autorización a los otros. Por lo que hoy representan y significan estoy segura que usted preferirá siempre ir con *Sur*, es decir, con la nueva empresa que probablemente llevará otro nombre, aunque todavía no se ha tratado de esto”. María insiste en su carta del 13 de julio en que, al no llegar libros de España y al aumentar cada día el número de lectores, todos piensan en crear una gran editorial. Y añade: “Contésteme, confíe en mí que yo procederé con toda reserva y sólo diré lo que usted me autorice decir”. A la vez, vaticina que, si Calpe no se une a este proyecto, llevará una vida muy precaria con Urgoiti y Olarra al frente. La actitud de Olarra de no cambiar nada hasta que la guerra concluyera es muy digna, pero María cree que su intransigencia en cuanto a publicaciones será perjudicial. Esto le da pie para sugerirle que adhiera a otro proyecto con más futuro que sería la nueva empresa argentina, donde predominaban los amigos de Victoria y donde ella tendría una posición directiva que le daría gran influjo.

María, que para estas fechas residía con Victoria, no puede hacer más que insistir en beneficiarla, nada menos que con la obra de Ortega a su disposición. En su opinión, Calpe estaba medio fundida y Losada era reducto de los rojos, sostenida por la embajada. La futura editorial de Vehils y Victoria sería el lugar adecuado para las obras de Ortega; por esta razón María insiste en que no venda sus derechos a otros, especialmente a la editorial francesa Hachette, que le había enviado una oferta. La nueva empresa le pagaría mejor y le daría más beneficios.

Según rememora Victoria al cumplirse treinta y cinco años de existencia de su revista, ella efectivamente habría sido “el principal pretexto” para la fundación de la Editorial Sudamericana impulsada por la preocupación de María de Maeztu al ver que *Sur* no se comportaba como empresa editorial y tenía permanentes pérdidas económicas. Creyendo arreglar las cosas, María le habría presentado a un financista catalán con experiencia en editoriales, Rafael Vehils, y a quien montó eficientemente la editorial, Antonio López Llausá. Pero recuerda Victoria que a poco de traspasar los fondos editoriales de *Sur* a esta empresa, surgieron las “incompatibilidades”. Su comentario es significativo: “Era la época de la guerra civil española. De inmediato –debido al antitotalita-

rismo franquista de *Sur*— surgieron dificultades políticas. *Sur* tenía fama de comunista entre los conservadores (entre la oligarquía) y de fascista entre los izquierdistas. Tratamos de llegar a una convivencia pacífica con el financista catalán. Dijimos: «Let's agree to differ», pero las discrepancias ideológicas no se apaciguaron hasta que «las cuestiones políticas (en lo que se refiere a España) fueron apaciguándose en cierta medida. Pero ya era tarde para impedir el divorcio»<sup>25</sup>. Victoria se quejaba de que la nueva editorial no le permitió el *imprimatur* de libros de Mounier y Maritain.

En este contexto, Ortega prefirió mantenerse fiel a su editorial Espasa-Calpe de Argentina pagando un amargo precio por su decisión. No vamos a entrar en todos los detalles sobre la crisis de Ortega con Espasa-Calpe de Argentina porque ya en el número de *Revista de Occidente* de Mayo de 1999 hemos desarrollado minuciosamente este capítulo del exilio orteguiano que involucra el intercambio de cartas con Serapio Huicci y Manuel Olarra. Lo que no podemos dejar de mencionar es que estos epistolarios revelan que Ortega seguía siendo pieza codiciada por las editoriales sudamericanas, tan codiciada que Losada se tomaría la libertad de adueñarse de su revista. De estas prácticas fraudulentas, se quejará Ortega en el único artículo que envió a *Sur*<sup>26</sup>, respaldando a Victoria Ocampo quien, desde *La Nación*, acusaba públicamente estos usos inmorales de los sudamericanos. Parecía que, en tiempos de río revuelto, las editoriales, incluyendo las de Chile, se aprovechaban de los autores que vivían en la indigencia o en el exilio, descuidando sus derechos. Ortega demostró tener, al respecto, una actitud vigilante, incluso ante Espasa-Calpe de Argentina, que, finalmente, después de una larga lucha con Olarra, logró conservar dentro de la casa sus derechos de autor. Máximo Etchecopar quedaría como supervisor y mediador en su ausencia de las ediciones de Austral, que siguió imprimiendo las obras de Ortega en medio del duelo de editoriales que se desató estando él ya en Buenos Aires.

Luzuriaga, antes de irse a Tucumán, le había escrito a Ortega, dándole a entender que en la división Losada-Calpe ninguna editorial tenía razón. Sin embargo, describe a Olarra como hombre rudo, de poco tacto, que recibía órdenes de Madrid para aplicar métodos violentos y radicales. En cuanto al grupo Losada, dice Luzuriaga: “Es posible que la forma de llevar a cabo la independencia no fuera correcta... pero lo cierto es que un negocio que marchaba bien se divide”. Amigos intelectuales siguen a Losada al verse

<sup>25</sup> Victoria OCAMPO, “Vida de la Revista *Sur*. 35 años de una labor”, n.º 303-304-305, Noviembre 1966-Abril 1967, p. 17.

<sup>26</sup> El artículo escrito desde París se denominó “Ictiosauros y editores clandestinos”. Publicado en *Sur*, Noviembre de 1937, *Oc*83, VIII, 383-387.

menospreciados o por Calpe o por intereses personales o por razones justificadas. Admite que Losada cometió la ligereza de apropiarse de *Revista de Occidente*, pero sin mala voluntad. El comentario final a esta difícil situación es: “Todos siguen hablando de las cosas y las personas con el respeto que merecen”. Le anticipa a su maestro que su posición personal sigue siendo neutral y que su adhesión sigue estando con Calpe, “no obstante las sugerencias recibidas de otras partes”<sup>27</sup>.

Luzuriaga no tardaría mucho, por maltratos de Olarra, en pasarse al grupo Losada. Del rédito obtenido a través de esta editorial que llegó a autodenominarse la editorial de los exiliados, sobreviviría con sus publicaciones en Buenos Aires. Según el criterio de un Ortega enfadado con este nuevo giro de los acontecimientos, su discípulo y amigo quedaría en zona roja, etiqueta que molestaría profundamente a Luzuriaga, quien no admitía más etiqueta que la de ser liberal anglosajón. En carta del 4 de septiembre desde Tucumán, le recrimina diciendo: “No soy pues de izquierda, ni rojo, como tampoco lo soy de derecha ni blanco. Sólo soy un viejo liberal, celoso de conservar su independencia personal”. Le aseguraba a Ortega que sus amistades habían sido siempre matizadas, buscando sólo puntos de contacto y limando asperezas desde el exilio.

La desconfianza de Ortega se agudiza todavía más. Comienza, al ver a su amigo tan poco molesto y tranquilo con la deshonestidad de Losada, a sentirse agredido, comentando en carta desde Coimbra del 14 de mayo del 39 que “el síntoma es gravísimo, como indica la desmoralización ambiente ahí. No porque sea yo la víctima, sino objetivamente considerado y tratándose de Romero que era la excepción”. Le contesta rápidamente Luzuriaga desde Tucumán el 26 de mayo de 1939 que no se ha expresado bien con respecto a la *Revista de Occidente*, que fue cosa fea, pero defiende a Francisco Romero como lo mejor que hay en el país y que, para compensarlo, Romero le ofrecería una de sus cátedras en Filosofía y Letras. Le informa que desde Tucumán una nueva generación de profesores de Filosofía, como Frondizi, Sánchez Roulet y Pucciarelli son la buena semilla que había dejado Morente. El último de ellos habría dado inclusive una conferencia sobre la obra de Ortega con mucho éxito.

Estos comentarios dan una pauta más cabal de por qué Ortega desea mantenerse en Argentina al margen de las cátedras universitarias ya que, según unas líneas que le escribe Sánchez Albornoz desde Mendoza en su arribo a Argentina, éstas estarían mal pagadas. Los rectores y administrativos se aprovechaban de la pobreza con que llegaban los intelectuales al país para explotarlos. El cruel comentario de don Claudio es que se rumoreaba que Ortega

<sup>27</sup> Tucumán, 10 de abril de 1939.

estaba empobrecido y que aceptaría cualquier cátedra a cualquier precio. En su opinión, Ortega bien valía una misa, y le insinúa que no se deje arrastrar por estas ofertas mezquinas impropias de su rango.

Lo que más preocupa a Ortega, además de la inmoralidad que reinaba en el ambiente de las editoriales, era la utilización de su obra y sus palabras fuera de contexto para usos políticos de izquierda y derecha, que no eran los adecuados u originarios a su creación. En lo personal, le dice a Luzuriaga que él calla y seguirá callando. En lo que respecta a la integridad de sus textos y a conductas públicas él se aferra a la consistencia de sus ideas históricas en una situación que se encarga de decir lo que el habla silencio. Es consciente de que, en la escandalosa vacilación del lenguaje, una palabra puede llevar a consecuencias tan dispares que varían con el instante y el lugar, con quién la dice y quién la recibe o la oye. Estas reflexiones se vuelven admoniciones al pueblo joven argentino y sirven para advertirle a su colega Luzuriaga, al incorporarse a Losada, lo difícil que es entenderse hablando o actuando en un ambiente hostil a todos los españoles. Ortega entiende bien que su amigo no es rojo ni de izquierda, pero le recuerda que su viejo liberalismo no le sirve de escudo. Históricamente, un liberal no se puede sentir a gusto con socialistas, comunistas o con las doctrinas de Pío Nono. Todos estos calificativos contradictorios, aún con buena voluntad, producían mayor confusión ideológica y daban lugar, entre los argentinos, a un infinito *quid pro quo* de malas inteligencias especulativas.

El epistolario con Luzuriaga que, afortunadamente y por generosidad de la familia, se encuentra completo entre ambos correspondientes, revela algo importante en la situación del exiliado español, sobre todo para el intelectual de fuste. Nos referimos a la desorientación generalizada que acarrecaba serias discrepancias entre una vida personal íntima y una conducta de cara al público. No se trata, argumentaba Ortega, de lo que uno es o uno se siente ser, sino dónde se sitúa uno públicamente en la disyuntiva partidista que divide a los españoles. A Ortega le parece moralmente grave que su amigo esté asociado a la editorial de bandera roja, a la vez que se declara liberal. A veces, argumenta desde Buenos Aires, en carta no enviada del 6 de septiembre de 1940, que la obra editorial se equivoca. Como Calpe “rompió radicalmente con nosotros, incluso suprimiendo la venta de nuestros propios libros. Lo cual no era razón para irse a tan titular enemigo sin espera ni calma”. Publicar en editoriales “matizadas” le parecía a Ortega un riesgo que él no quería tomar; prefería quedarse dentro de su propia casa editorial hasta que se aclarara el panorama.

En ese contexto, razonaba Ortega que cuando ha pasado lo que ha ocurrido en España, primer capítulo de lo que iba a acontecer en el mundo, la situación exigía actitudes lentas, complejas y cautas de cara a la gente miope que no las apreciaba porque no tenía percepción del problema en juego. Las simplifi-

caciones le parecían peligrosas; entre ellas, la de los argentinos, que asumían que él era republicano fervoroso, que habiendo participado sólidamente en los actos republicanos desde la Agrupación, se pudieran, presumiblemente, adueñarse de Revista de Occidente para la izquierda republicana. La otra simplificación que recaía sobre su persona y le molestaba sobremanera era que, aun enviando a sus hijos al otro bando, sin adherirse con firme demanda ni expresión alguna que implicara parecer acercarse en ningún rasgo concreto o particular al nuevo régimen franquista, se le viera como defendiendo esa causa. Estos sentimientos, que comparte privadamente con Luzuriaga en Argentina, con un hombre con quien había compartido años de docencia universitaria, demuestran cuán susceptible era el ánimo orteguiano a la confusión de etimologías e ideologías que asociaban su reputación profesional y privada a uno u otro bando, a la vez que intentaba mantener ante “la gente”, ante la opinión pública argentina, un retraimiento incomprensible, impenetrable para los extraños pero en concordancia con su equidistante conciencia de pensador de esencialidades y autor de la razón histórica.

Lo que más le interesaba a Ortega era que se le juzgase por lo que había dicho y escrito en su larga docencia universitaria y periodística argentina, en la que ahondaba en las raíces de la crisis europea que había generado los “ismos” antagónicos del presente. Prefería que se le juzgara por lo que había dejado formal, pública y, a veces, solemnemente de hacer desde el día siguiente del advenimiento de la República como actitud disidente y moderada en un sistema que, tal como él mismo había anticipado, había degenerado en caos populista que Sánchez Albornoz habría justificado desde el porteño Instituto Popular de Conferencias en 1933, como proceso de madurez necesaria para educar a las masas. En su diálogo con Luzuriaga, Ortega se refiere al hecho de no haber ocupado puestos públicos que lo asociaran con un gobierno determinado, aun cuando había formado parte de una “sonada” Asociación para la Defensa de la República que en Argentina fue bienvenida por su gesto democrático comprometido. El comentario de Ortega a su amigo y colega aclaraba: “Sería muy cómodo para el enemigo poder suprimir el pasado y el porvenir”. Ortega insiste en que no se puede tener neutralidad verbal sin neutralidad de conducta. Esta bifurcación en los conceptos estaría afectando a unas cuantas personas; lo decisivo no serían las ideas sino el modo de conducirse entre grupos rivales.

Victoria Ocampo, recordando su última relación turbulenta con Ortega en tiempos difíciles, hacía referencia a que el pecado de Ortega habría sido su excesiva discreción; en otras palabras, no haberse aliado con unos o con otros, permaneciendo fiel a su conciencia ensimismada, a la espera de que los hechos se decantaran. A ella, este retraimiento le parecía conducta cuestionable en tiempos en que en el mundo muchas vidas se jugaban por “la democracia”, ter-

minología al entender de Ortega muy manoseada y difícil de sostener a nivel internacional por los intereses en juego. Fue esta suspicacia por la que declinó su viaje a Estados Unidos, como queda constancia en la correspondencia con Helene Weyl, quien sostenía la hipótesis de que Norteamérica no estaba tanto a favor del gobierno republicano, como en contra de Franco. A Ortega, sin estar adscrito a ningunos de los dos bandos, esta fórmula le parecía de un simplismo incomprensible desconociendo los verdaderos factores ideológicos que movilizaban los hilos de la contienda nacional española.

Efectivamente, Ortega tuvo un cuidado especial en evitar desdecirse en sus actitudes intelectuales y personales. Insistía en que corroboraba en las palabras con sus acciones o silencios, que es lo que le daba a entender a Luzuriaga en su interesante correspondencia sobre fórmulas irresponsablemente asumidas con etiquetas vaciadas de contenido. Por otro lado, cómo denominarse neutral para luego no serlo en la conducta, era algo que lo mortificaba. El caso preciso se estaba dando de la Revista *Sur*, que para esas mismas fechas declaraba a los cuatro vientos que era revista apolítica y, sin embargo, recogía incendiarios artículos contra el fascismo europeo, el franquismo clerical y otras conductas autoritarias en nombre de la libertad de expresión y de un porvenir democrático que, en Argentina, estaba profundamente lesionado por gobiernos de ingerencia militar. En la opinión de Ortega a su amigo Luzuriaga, lo que ocurría en Argentina era que los neutrales acababan siendo “rojos” “aunque no lo quieran”, perdiendo así sus laureles de libertades liberales conquistadas al comunismo o fascismo, representados cada uno de ellos por la República o por el régimen de Franco en el campo de batalla, donde no había espacio para credos liberales del pasado. Era emblemático de esta confusión etimológica el empeño de Victoria quien consideraba que era de dominio público la neutralidad de su revista, manteniendo “siempre la línea liberal” contra dictaduras y totalitarismos de cualquier índole.

Precisamente, Victoria, que ya en 1939 habría abrazado la causa “leal” republicana contra el franquismo, se quejaría de recibir de la revista católica *Criterio* el apodo de comunista e inmoral. A Ortega le confiesa en carta desde Buenos Aires del 4 de noviembre de 1936 que “jamás me ha venido la idea de adherirme al comunismo porque en él me sofocaría como en el fascismo. Detesto las prisiones. Detesto la violencia [...], comunismo o fascismo son una prisión de violencia”. Con el tiempo, Victoria se quejaría también de la atmósfera enrarecida por la situación de terminologías y estrategias internacionales que descolocaban a sus amistades. El mundo se estaba volviendo al revés, con Aldous Huxley teniendo que vivir fuera de Inglaterra, Waldo Frank expulsado de Estados Unidos y de Argentina por “comunista”, María de Maeztu como ex institucionista liberal adherida a la causa nacionalista, viviendo con ella

fuera de España y como tal asociada y perjudicada por esta convivencia con una “roja” de alta alcurnia y escasa moralidad.

A su vez, María se preocupaba por el supuesto “izquierdismo” de Victoria, y le pedía a Ortega, en un viaje a Europa en el que se encontraron ambos, que tratara bien a Victoria porque lo merecía. Ella seguía simpatizando con los “leales”. Cree que ahí está la libertad y la democracia, y como es profundamente anticlerical piensa que el triunfo de Franco podría traer un influjo excesivo de la Iglesia. La recomendación de María desde Buenos Aires el 20 de agosto de 1938 es: “Háblele usted, háblele en el tono elevado, impersonal y objetivo con que usted puede hacerlo”.

Para estas fechas, María comenzaba a sentir el agobio del destierro porteño. En una carta del 3 de abril de 1938 le dice a Ortega (quien todavía estaba en Europa) que añoraba volver a España, y que no creía en la expatriación indefinida. Le confiesa que en Argentina “no creo que será posible reconstruir la residencia ni ser agradable meterse en una obra social de ese tipo”. Aparentemente, la burocracia argentina no quería que vinieran los extranjeros, en especial los españoles, porque la competencia era mayor. Victoria era la única que favorecía la llegada de extranjeros y españoles. A pesar de que, en lo personal, se siente bien y a gusto, María admite que respecto al exiliado: “Usted tenía razón, en una parte del país, no la mejor ciertamente, hay una resistencia fuerte, muy fuerte”. Según las explicaciones de Victoria, la resistencia a los proyectos de María venían por parte de la casta burocrática administrativa del Ministerio de Instrucción Pública y de “el clero, y qué clero caramba, manda”.

María, quien abiertamente apoyaba la causa franquista, no creía que ésta fuese la explicación. Ella lo atribuía a un ministro antiespañol a quien, por ser ella española y extranjera, le negaba el permiso. En carta del 26 de abril de 1938 asegura: “De modo que los españoles no podemos esperar ayuda. Desde la guerra se prohíbe la inmigración española por temor a la entrada de comunistas y de ello se crea un confucionismo un poco extraño”. Y agrega: “El pueblo argentino y sobre todo las clases altas, simpatizan hoy más que nunca con España y los españoles, pero los políticos tienen un cierto temor a la invasión hispana y prefieren la inmigración de cualquier otra parte de Europa”. Sintiendo muy sola en Argentina, María añora la orientación de Ortega y lo exhorta a que siga influyendo en las juventudes, donde su pensamiento seguía teniendo un influjo extraordinario. “Por eso una palabra de usted tendría una resonancia definitiva”<sup>28</sup>.

El otro contacto en Argentina con que contaba Ortega, para evaluar las posibilidades de retomar las cátedras y editoriales, era García Morente. No tenía

---

<sup>28</sup> Buenos Aires, 13 de julio de 1938.

dudas de que él haría una labor formidable en Tucumán; pero temía que ahí tropezara con algunas dificultades “porque aunque enérgico, es demasiado ingenuo y bueno”. Y agregaba el comentario a Victoria Ocampo de que “manejar criollos no es cosa fácil”. Morente se estableció con su familia en Tucumán, donde se sintió acogido, con casa, buen sueldo, clima ideal y lugar tranquilo. La universidad había puesto todo a su disposición y sus conferencias eran un éxito rotundo. Todo parecía ser un entorno ideal y apacible; sin embargo, lo que empezó a entristecer el ánimo de Morente fue el aislamiento. Lejos de sus amigos y sin tener noticias de Ortega, la montaña comenzó a producirle una fuerte morriña por volverse a España.

En sus cartas con Ortega aparece el síndrome del exilio; el destierro le pesa, “soñando con mi país y con la vida de mi país”. Estando en Tañ del Valle sueña con volver a Madrid, y pese a que le agrada la soledad del Valle, necesita del cielo, del suelo de las cosas y del aire de su España. A él también le confiesa que necesita desesperadamente “la realidad material de mi tierra; y la necesitan los míos”<sup>29</sup>. Como familia no se hallan en Tucumán; los detalles domésticos y sociales más nimios se le vuelven una nostalgia agobiante, tan pesada como el calor de estas regiones de América. El tiempo no se convirtió ni en alivio ni en curación. “Hoy por hoy nuestro mayor anhelo sería que terminase la guerra en este año (1938) y pudiéramos volver a casa”<sup>30</sup>. Extrañando el cielo claro y el mar azul de España, al poco tiempo Morente renuncia a su puesto de rector, rompe el contrato y emprende el regreso a Vigo, donde ingresará en el seminario. Una última carta de Morente desde Vigo el 10 de julio de 1938 a Ortega en Buenos Aires (que Ortega no contestó), explica sus motivos para recibir las sagradas órdenes, que hacía más de un año andaban rondando en su alma. A María, en cambio, no le sorprendió la decisión. Ella también sufría de una agónica necesidad de retorno y comprendía que el pobre Morente se hubiera visto abatido por “esa soledad terrible que yo padezco” y que le había dejado su gira docente por establecimientos educativos de la Pampa<sup>31</sup>. Considera a Morente más débil por ser varón, pero ella también admite que la actitud antiespañola de los argentinos estaría minando su espíritu por dentro.

La correspondencia con Ortega trae a la superficie el dolor de esta luchadora, que sufre las consecuencias de ser mujer y española. El oficialismo y el mundo académico eran adversos a los exiliados y ella comenta: “Pero no hay que decirlo”. “Hay que hacer como que uno no se entera”. Si a ella se la respeta, es porque no ha pretendido ganar dinero. Sus palabras en otra carta des-

<sup>29</sup> Tañ del Valle, 20 de enero de 1938.

<sup>30</sup> *Idem.*

<sup>31</sup> Buenos Aires, 13 de julio de 1938.

de Buenos Aires el 2 de septiembre de 1938 son significativas: “La abstención aquí es importantísima”. María cree haber aprendido la discreción en una sociedad, “donde la puñalada traperera es saludo corriente y por eso no se desprende uno de la sota ni en la más recóndita intimidad”. Lo que el exilio ha venido a significar para ella es desconfianza absoluta en todo lo argentino y una enorme soledad interior. No encuentra, en esta sociedad competitiva de inmigrantes duros y gestiones oficialistas hipócritas, un mínimo de seguridad personal. Vive a salto de mata, dando conferencias, publicando cursos con carácter de docencia libre en círculos privados. Desde la capital porteña siente que es “muy difícil la vida para todos” (13-VII-1938) y añora la presencia de Ortega en Buenos Aires para apoyarla en su desazón. En una de sus cartas admite que una cosa es venir como invitado a dar conferencias como en 1926 y otra muy distinta radicarse aquí en el exilio.

Nadie es más consciente que Ortega sobre las complejas dificultades anímicas y reales a las que se ven sometidos los exiliados españoles. Morente, de su parte, le habría comentado confidencialmente que nadie quería allí “nada que se parezca a luchas sociales”. Los argentinos, aún los de provincias, miraban con cierto recelo lo que venía de España. “Yo he sido en este punto la muidez personificada [...], nadie ha intentado pedirme una definición que yo no estaba dispuesto a dar”<sup>32</sup>.

Así como a Morente lo venció la nostalgia del desterrado, y a María el antiespañolismo de las esferas oficiales y la terrible competencia en los medios académicos, su antiguo compañero de aventuras editoriales, Fernando Vela, también admitía en algunas cartas enviadas a Buenos Aires, que el exilio le había entorpecido sus facultades de observación y encontraba que sus instintos para el periodismo internacional que en otros tiempos había ejercido, estarían embotados y torpes. Se encontraba en Tánger, distraído en la realidad del entorno y no se sentía en ningún lado, porque lo que le rodeaba no era su mundo real.

### **Venir para quedarse: una situación molesta**

En cuanto a Ortega, en la interinidad del exilio porteño, se defendió dando conferencias en las que confronta al público argentino con una docencia historicista-sociológica de alta cultura sin contenido político pero insinuando los problemas de la muy discutida argentinidad de herencia hispana en tiempos adversos para España. En la estructura real de lo humano declaraba para las Bodas de Plata de la Cultural en 1939 que “la España que la Argentina fue”

---

<sup>32</sup> Tucumán, 17 de agosto de 1937.

perduraba soterrada en el fondo del ser argentino, a pesar de la voluntad decidida y deliberada existente en amplios grupos de la nación argentina “de hacerla hermética al influjo español”.

Aun cuando estas palabras de Ortega asumieran una razón histórica laica y apolítica, de estructura cósmica, la misma que constituían los pueblos de habla, sangre y pretérito español y que consistía en un ejercicio de otro determinado repertorio de formas de vida, su teoría de la unidad social, de “lo consabido”, pasó a formar parte del reclamo nacionalista argentino, como lo evidenció el incidente entre *Sur* y la revista *Sol y Luna*. La propaganda falangista desde la revista *Orientación Española*, se adueñó del discurso de la herencia hispana, mientras que desde *Defensa de la Hispanidad* Ramiro de Maeztu apuntaba en contra de la contaminación laicista de Ortega en el continente americano. Luego, en el exilio argentino y para las mujeres argentinas, María de Maeztu retomaría en su docencia el rumbo de la razón histórica orteguiana, a la que consideraba incompleta por su credo secularista, inaceptable en la cultura de Occidente.

De tanto en tanto Ortega daría rienda suelta a su malhumor por no ser comprendido y por no entenderse con el público que recibía al exiliado en dulce montón. Así, comenta desde La Plata en su conferencia sobre “Meditación del Pueblo Joven” que: “Ninguno de los argentinos tiene una idea ni remota de quién soy yo entre y para mis compatriotas”. Atrincherándose en actitudes de integridad personal e intelectual asumidas por su conciencia íntima, que no convencían al adversario especialmente al hostil, que adoptaba actitudes partidistas y militantes a favor de la democracia, la república, o la hispanidad católica, Ortega admite que el fatalismo radical de no ser conocido por nuevas generaciones conducía a la impermeabilidad y a la agresión de nuevas generaciones que lo juzgan desde las revistas argentinas por su complicidad silenciosa tomando sus textos rumbos opuestos en la bifurcación ideológica. Incluye también, en este juego de irresponsabilidades, a la revista *Sur* que daba rienda suelta a ciertos jóvenes que no perdonaban a los maestros porque no se pronunciaban a favor de la causa de la libertad en un país donde la misma conciencia democrática argentina estaría seriamente en riesgo.

Cuando sus teorías no son bien interpretadas o son mal recibidas por amigos o adversarios, el instinto de Ortega es replegarse en un prudente silencio que, con frecuencia, emerge en protestas públicas, queriendo sacudir el egoísmo, la apatía y la frivolidad del oyente. A Victoria, a quien le comunica sus sentimientos más sutiles, le dice, desde Portugal, que, cuando todo falla, hay que “chupar etimologías”. Con respecto a lo que pasaba en el mundo desde hacía tres años, Ortega opinaba que se podían hacer muchas cosas: “Indignarse, gemir, protestar, pero hay una cosa que a la postre será menester hacer, digerir-

lo, aclararlo, encontrar el vocablo del enigma”<sup>35</sup>. Quizás éste fuese el gran drama de Ortega en Argentina: no poder entenderse en la confusión de etimologías en la que rojos se denominan liberales, demócratas son “ex rojos” convertidos al panamericanismo, y liberales progresistas republicanos acaban siendo antirrevolucionarios conservadores, como fue el caso de la Redacción del diario *La Nación*, que apostaba con su liberalismo agro-ganadero al orden de mano dura de Franco.

Nada ni nadie parecía estar en su sitio ni en una coherente asimilación de ideologías, valores y conductas. En cuanto a “los rojos”, de los cuales Ortega desconfía porque a ellos debía su exilio, le advierte a Marañón, en carta desde Francia de 1938, que los que corren por allí son pueriles, que han tocado el fondo del arca y no saben conducirse. Pero también se muestra inseguro con respecto a cómo se moverá el resto del ajedrez internacional entre Chamberlain, Hitler y Mussolini para saber a qué atenerse en el futuro sobre todo respecto a la vulnerable situación de España.

En concreto, lo que Ortega padecía en esos tiempos bélicos era la incapacidad de obtener información fidedigna sobre lo que ocurría con las movidas estratégicas de las grandes potencias. No creía en la posición de amoldarse a lo que la opinión pública decidía que uno era o debía ser; y lo que su conducta le dictaba ante hechos que la gente no calibraba con exactitud. Hacia los veinticinco años de la Cultural, más precisamente al rescatar la figura de Avelino Gutiérrez, con enfado hacía referencia a “eso que yo llamo la gente [...], siempre desalmada e inatenta, y no advierte que, de estar bien a estar mal una cosa, va casi siempre sólo una levisima diferencia, un detalle inaparente a distancia”.

Esa gente que mira burdamente y muy de lejos todo, que no es capaz de ver los logros científicos y culturales de un hombre como Avelino Gutiérrez, que ideó con Cajal los detalles y funcionamiento del fulminante éxito de la Cultural y lo juzgaba como *persona non grata* por su izquierdismo republicano, esa misma gente es la que se empeña en desoír años de su valiosa docencia cultural entre los argentinos en vías de hacerse nación. Es este mismo público al que Ortega, desde La Plata, le reitera que él no importa, que lo que importan son las cosas de que va a hablar. Así, se quejará amargamente en su exilio porteño de que “son muchas las causas de esa normal y tenaz mala inteligencia” que impera en los círculos sociales y académicos porteños, midiendo su patrón de conducta sin saber cuál ha sido su situación personal en el drama que vive todo español. Lo que definitivamente no admite es el hablar de los criollos, de operación fácil, ejercitada sin precaución “sin cuidados, al buen tuntún”. A Luzuriaga le deja caer las quejas de que los criollos no se enteran de las cosas,

<sup>35</sup> Portimao, 25 de marzo de 1938.

de que no se hacen cargo de lo que es obvio o elemental. La política “vulgaris” que es pura actualidad, es lo que se impone, dejando para unos pocos la teoría más compleja detrás de los hechos, que era el quehacer del filósofo. Dilucidar, ensimismándose, para poder, luego de la reflexión, encontrar caminos hacia la acción, era su fórmula personal para los tiempos que corrían hacia un segundo colapso de Occidente.

Del material epistolar de Ortega puede apreciarse que, en su exilio argentino, se sintió molesto al ver atropellada su intimidad por amigos y extraños. Las cosas más simples y acotadas parecían volvérselo en contra. Se siente, más que nunca, como un extraño en una sociedad con la que ha dialogado y desnudado sus ideas más profundas desde sus colaboraciones en un periódico porteño. Al auditorio de La Plata, repleto de jóvenes que no le han escuchado nunca pero que le juzgan por los comentarios de enemigos o exiliados les dice en su “Meditación del Pueblo Joven”: “Cuando un argentino oye a uno de estos hostiles enumerar contra mí las mayores tremebundeces, no sospecha hasta qué punto las malentiende, porque ignora todo lo que expresarse así da ese enemigo mío, por supuesto, lo que silencia acerca de mi persona, pero está actuando en el conjunto a su enemistad, junto a su aparente odio y tremebundez. Porque yo he convivido con la vida de ese hostil como él ha convivido con la mía: nuestras existencias, íntegras, están adscriptas mutuamente en nosotros, nos sabemos bastante bien y sabemos por qué decimos lo que decimos y sabemos que no decimos mucho que callamos. De ahí que me haga tanta gracia y me traiga sin cuidado toda esa hostilidad. Conozco su secreto que el argentino ignora. ¿Cómo no voy a conocerlo si he vivido siempre teniéndola en frente, más aún, si he vivido anticipando esa hostilidad, contándola de antemano con ella y cuidando que mi vida efectiva la haga imposible, quiero decir, le quite el suelo bajo los pies, la impida ser auténtica?”.

Ortega asume que ese enemigo español, en el fondo lo estima; quiere agredirlo porque lo conoce y lleva su misma vida española dentro de sí. Comparan con él la misma intimidad colectiva, ese modo insólito de ser español y de sentir el drama en común de su patria. En esta categoría no incluye a los residentes españoles de las colectividades, que hace más de veinte años que viven en América y no tienen la menor idea viva y exacta de lo que ha pasado en España en el último cuarto de siglo. Estos españoles, con quienes Ortega solía comportarse con cautela, opinaban con ligereza, como si fuesen argentinos.

Estando Ortega en Buenos Aires, la Patriótica Española habría decretado el 18 de Julio como fiesta nacional, con gran oposición de los republicanos y de la voz de Avelino Gutiérrez, quien se declaraba contrario al festejo de la victoria cuando ésta debía ser recogimiento y día de luto por tantas vidas desaparecidas. En este ambiente hostil, Ortega ve llegar a otros españoles en su

mismo estado de exclusión, exiliados de Franco, que fingen, ante los argentinos, saber cuál es la situación política de su persona, pero la verdad es que no lo saben. Lo que se pone en marcha entre ellos es un aparato registrador del ser, que se consabe vitalmente y envuelve a todos ellos en el trauma del exilio en que se entienden más por lo que callan y dan por supuesto, que por lo que efectivamente dicen. De lo cual deduce Ortega la gran paradoja de que el hablar auténtico entre exiliados también se compone de silencios y es aplicable a los españoles en su conjunto.

María de Maeztu le recriminará a Ortega, en cartas a Margarita Mayo, otro tipo de silencio con respecto al conflicto de España cuyas huellas, según ella, no aparecen en sus conferencias. Otros lo acusarán de cobarde o de cómplice con el régimen de Franco. Cada uno, desde la derecha o la izquierda, interpreta su riguroso ensimismamiento desde una óptica diferente, y desde opuestas trincheras se juzga con dureza su retraimiento.

En uno de estos roces entre revistas argentinas cuenta Máximo Etchecopar, cómo Ortega, discrepando con los colaboradores de *Sur*, que exigían al intelectual, compromisos más claros contra el fascismo de masas, no respetando la libre expresión de conciencias conservadoras de raigambre católica (como era el caso de la revista *Sol y Luna*, que reclamaba la herencia española en la identidad argentina), cómo Ortega tajantemente decide retirarse del comité editorial de dicha revista por no estar de acuerdo con esta metodología de insultos anticlericales y personales, en la cual se vio involucrada la propia Victoria Ocampo contra Bergamín. Este gesto le ganó el apodo de “totalitario” a los ojos de futuras generaciones; y esta decisión, que Victoria aceptó a regañadientes, fue vista como signo de su derechización, avalada por el hecho de que desde la Cultural habría declarado la inexorable estructura hispana de los argentinos con firme acento laicista y como identidad irreversible.

En cuanto al mundo académico o laboral, la situación no era menos conflictiva. No era necesario que desde Argentina María de Maeztu le anticipara lo que ocurría allí con la competencia y rechazo de la burocracia oficialista. A ella solamente la ayudaban amigos y algunas personalidades de familias próceres nacionales, a sobrellevar el dolor de la guerra. María, desde 1938, ya advertía que “el elemento oficial y el académico, nos es adverso y no quieren dar trabajo a los españoles”. Ortega era bien consciente de esta situación y García Morente le habría anticipado que, ni Romero ni Alberini, se inmutaban por su presencia en Argentina. Las palabras textuales de Morente ciertamente han de haber influido en el ánimo de Ortega: “Con respecto a usted los dos me produjeron un efecto indefinible de reserva y prudencia. Dan la impresión como de no quererse entregar o comprometer en demasía, y casi me atrevería a afirmar, en el seno de la confianza absoluta que nos une a usted y a mí, que en el

fondo no les importa gran cosa que usted vaya o no vaya a la Argentina, o mejor dicho, que si usted no va, eso no les causará mayormente pena ni disgusto". Y agregaba en carta desde Tucumán del 17 de agosto de 1937: "Es posible, sin embargo que esta impresión mía sea solamente una interpretación errónea de las reacciones de timidez o de respeto, en suma de mi estado de ánimo que habría de describirse diciendo: «Ortega está tan en otro plano, tan en otra órbita, que no nos atrevemos ni a desear, ni a pedir nada, ni a ofrecer nada, no sea que resulte enojosamente entrometimiento»". Es posible, opina Morente, que en su actitud hubiera un poco de todo.

A decir verdad, en 1937, Francisco Romero se siente angustiado por la guerra y le escribe a Ortega para serle útil, "incluso pecuniariamente en la medida de mis recursos". Luego, incluso le habría ofrecido una cátedra, pero le advertía que el ambiente universitario estaba enrarecido, incluso en la Universidad de La Plata, amenazando con intervenciones. Conversando con Américo Castro, Romero le da a entender a Ortega que haría lo posible para que, por un año, una de sus cátedras universitarias estuviera a disposición de un profesor de Filosofía español. De ser así, la pondría a disposición de Ortega. Esta propuesta estaba incluida dentro del ofrecimiento de ese fallido viaje de 1937, abortado por Ortega por razones de salud. Más adelante, en 1939, Romero ya estaría ayudando de pleno al intelectual republicano de izquierda, con el cual Ortega no quería mezclarse.

Después de los incidentes en la guerra de editoriales, Bebé saldría en defensa de Alberini y Luzuriaga, apoyando la postura de Romero de que seguían siendo lo mejor de allí. No obstante, Ortega estaba decidido a retornar a Argentina, con otras vías de docencia y sustento independientes de "todo lo de ahí". Ello no le impidió dictar algunos cursos en la Facultad sobre la Razón Histórica en 1939; en Amigos del Arte sobre "El Hombre y la Gente" y una conferencia en la Universidad de La Plata sobre "Meditación del Pueblo Joven".

El asunto de Espasa-Calpe es clave para interpretar el estado de ánimo en que Ortega vivió su exilio argentino entre 1939 y el mes de febrero de 1942<sup>34</sup>. Los tanteos previos le habrían servido para evaluar la situación en Argentina que, según Morente, tuvo buena impresión de sus gerentes para crear una sociedad salvadora argentina. Morente los ve con buena voluntad y le aconseja a Ortega que puede contar con ellos para publicaciones inmediatas. María, en cambio, furiosa con Olarra porque no le habían publicado su biografía de Ramiro, no cree que Calpe hiciera nada, "por usted ni por nadie". Le advierte que Calpe de Argentina había estorbado la publicación de libros argentinos y

<sup>34</sup> Hemos ampliado este asunto en nuestro artículo "Ortega y Gasset y el proyecto editorial de Espasa-Calpe Argentina", *Revista de Occidente*, Mayo, 1999, n.º. 216, pp. 99-116.

quería acaparar también el codiciado mercado del libro español. Entre estas dos versiones y con la experiencia de Luzuriaga de por medio, Ortega vendría a Buenos Aires en 1939 con pies de plomo, mostrando una cautela especial con respecto a la guerra de editoriales y evitando la obtención de cátedras universitarias.

Según sus expectativas, traía consigo un plan de docencia y de publicaciones con su vieja casa editorial que le ofrecía la única posibilidad de generar alta docencia en el país y, desde el Cono Sur, para el resto de América. Su idea era dar batalla desde Argentina a la vida insubordinada y hostil a España en América. Pero el escenario de lucha internacional había enrarecido tanto el ambiente que le confiesa a Olarra que carecía de sentido dar conferencias. Por lo tanto, su meta era volver a influir en la vida intelectual hispanoamericana, que estaría indisciplinada por falta de producción española no roja, desde las publicaciones, rompiendo su silencio y comenzando nuevamente a editar libros con Calpe. Ésta parecía ser, a su juicio, la única alternativa de un magisterio responsable.

Lo cierto es que en la realidad del exilio, la pasión política seguía rigiendo los ánimos, dificultando empresas y proyectos educativos de alta cultura. Marañón habría vivido incluso en Argentina momentos de agresión popular, a pesar de sus malabarismos por mantener una posición equilibrada. Otro tanto le ocurriría años más tarde a Pérez de Ayala en Perú, donde su presencia despertó resentimientos muy profundos; o peor aún, en Méjico, donde estarían agrupados los exiliados republicanos enemigos del franquismo. Cartas como la de Luis Recasens a Ortega mientras éste último se hallaba en Buenos Aires, daban a entender que allí también la política interfería con la ciencia. A punto tal que Recasens se aparta de las últimas oleadas de exiliados provenientes del sector rojo que eran, en su opinión, “demasiado terribles y dolorosos para que uno quiera tener ninguna relación de ninguna clase con aquellas funestas gentes”<sup>35</sup>.

Este científico de la primera oleada de exiliados se sentía agobiado en Méjico por ambas tendencias, la roja y la negra del fascismo franquista. Las noticias que le llegaban de la Península eran un severo testimonio del envilecimiento, de la abyección y del horror de una guerra fratricida. Recasens no quería tener relaciones de ningún tipo con su patria, hasta el punto de renunciar a su ciudadanía y adoptar la guatemalteca. Le confiesa a Ortega que en Méjico es feliz, apartado de la España “negra” y que no piensa, al igual que Gaos o Medina, volver a ella. Se conforma con seguir la modesta labor de hispanidad espiritual en tierras americanas, que era la mejor manera de servir a su patria, pero sin lazos jurídicos que le ataran a su país de origen.

<sup>35</sup> Méjico, 5 de junio de 1940.

El epistolario con Recasens del año 1939 pone en evidencia el desagrado y la repulsión que producían en cierta *intelligentzia* española los extremos. Pero más grave aún era el rótulo de “rojo” que recaía fácilmente sobre personalidades como Ortiz Echagüe, o sobre cualquier grupo que mantuviera su independencia del franquismo. Otro tanto ocurría con la etiqueta de “negros fascistas” que se endilgaba a los que se declaraban contrarios a los excesos de la República. Eran éstos, además, como reconocería Luzuriaga, “malos tiempos para la amistad”, ya que quedaban amigos de un lado y del otro, en exilios contrapuestos. La descripción que Recasens le hizo a Ortega desde la ciudad de Méjico, ciudad hospitalaria pero colmada de refugiados españoles y de intelectualoides resentidos, lo invitaba a retirarse de la labor científica para evitar tratos sociales con estas muchedumbres exorbitadas. Su comentario era que la tragedia de España de nada les habría servido a todos ellos.

En los años 40, al retomar Ortega su interrumpida correspondencia con Luzuriaga, se quejaba del peligro de suprimir el pasado que los unía en lo personal. En tiempos de guerra y de separaciones, el pasado íntimo, el que había vivido con los suyos, con sus colegas y amigos, era, en su opinión, el mayor capital social a conservar en el orden público y privado. Le aterraba que le aniquilaran este tesoro de lo compartido, y se aferraba a su razón histórica que no era sólo teoría filosófica o ideas en acción, sino estados privados o íntimos, un modo de conducirse entre unos y otros en tiempos de crisis europea.

En esta etapa argentina Ortega creyó posible un viaje a Méjico invitado por algún sector universitario, pero Luzuriaga dudaba sobre la acogida que pudiera esperarlo allí. Otra invitación pendiente le llega a Argentina, de un posible viaje a Lima. De las cartas con Alfredo Canepa Sardón, se vislumbra que Pérez de Ayala no encontró tampoco en esa ciudad el debido sosiego para compartir intercambios intelectuales sin interferencias políticas. Hacia abril del año 40, su amigo y médico Gustavo Pittaluga (quien se había quedado en Francia por no confiar en las garantías y vaguedades argentinas), le comentaba a Ortega: “Tengo la impresión que usted tampoco se quedará ya allí mucho tiempo”.

Las posibilidades de viajar por el continente se truncaron para Ortega a raíz del asunto de Espasa-Calpe, dado que Ortega esperaba una decisión de España para poner en marcha su ansiado proyecto docente con cursos de alta cultura, con boletín trimestral y una Biblioteca compaginada por Ortega. Esto requería una asesoría o sueldo sumamente modesto de Calpe para que Ortega pudiera trabajar en su taller de alta creación en plena libertad y sin presiones. Junto con su editorial de toda la vida, Ortega proponía lanzar “un movimiento de circulación intelectual con medios y fuerzas españolas”. Esta propuesta, comentaba Ortega en los borradores de Calpe, tenía la ventaja de procurarle a él la tranquilidad en el trabajo mientras que para Calpe auguraba

una máxima eficacia para establecerse en el mundo latinoamericano. El proyecto le permitía a ambos recuperar el mercado del libro español, conservar los codiciados derechos de Ortega en la casa y mantener un ritmo acelerado de publicaciones orteguianas.

Las advertencias de María de Maeztu en el sentido de que Calpe no haría nada por nadie comenzarían a cumplirse en torno al año 41, cuando se puso en evidencia que la casa de España, “por razones de interés social”, rehusaba a aceptar la propuesta de Ortega. Ése fue un año especialmente duro para él, de luchas agotadoras con Calpe para conservar sus obras y derechos de autor.

El epistolario con Victoria refleja el estado depresivo de Ortega, quien se replegaba en su piso de la calle Quintana de Buenos Aires sin querer ver a nadie. Finalmente, accedió a responder a los misiles que le envía Victoria, diciéndole que estaba atravesando “la etapa más dura de mi vida”. A ella le confiesa: “Muchas veces en estos meses he temido morirme, morirme en el sentido más literal y físico pero en una muerte de angustia”. Y añade: “hoy están en el mundo muriendo del mismo modo muchos hombres de mi condición. Es un hecho que la gente no conoce suficientemente. No sería, pues, el mío sino un caso más”.

En esta carta del 9 octubre de 1941 admite su fracaso con Calpe, un asunto delicado para tocar con Victoria, en medio de la competencia de editoriales en la cual ella estuvo involucrada. Sus palabras hacia ella revelan el trauma interior que estaba padeciendo: “Cuando las bases de nuestra vida se han roto o están gravemente enfermas no es posible contar lo que nos pasa ni al mejor amigo, porque no puede, sin más, entenderlo. Sería sobre lo que sufrimos, falsificar nuestro sufrimiento y traicionarlo. No hay más que callar, aguantar y sumergirse en un rincón. Cada vida es intransferible, y por lo mismo inefable”. En ese estado de ánimo le asegura a Victoria que los tormentos morales, los de conciencia, son peores que los de la salud. Y añade: “No tendría, pues nada de particular que tú, cualquier día, entrases también en una zona de amargura y que te empezase a fallar esta o la otra dimensión de la vida”.

Ortega siente que le fallaban desde Argentina todas las dimensiones de su modo de existir al mismo tiempo. En otra carta anterior del 13 de agosto de 1941, Ortega le habría insinuado a su amiga que desde hacía medio año su vida había sido perturbadora, que su desaparición del mundo social era transitoria, y le advierte que “hay que saber esperar la hora fecunda para contar las cosas y hay que saberlo cuanto más duras sean las presentes. Aún no es tiempo”. Luzuriaga, percatándose de que detrás del retraimiento de Ortega estarían sus “asuntos editoriales”, con cariño le ofrece desde Tucumán su ayuda, según consta en carta del 13 de agosto de 1941, a la que responde Ortega desde Buenos Aires el 20 de octubre que estaría en “lo más grave y desazonador” de su lucha

con Olarra sin saber cómo interpretar su conducta y sin poder concretar proyectos o ediciones. Su amigo le anima quejándose del “cretinismo inconcebible” de esos señores de Calpe y asegurándole a Ortega que si tuviera dinero disponible apostaría al éxito de la nueva editorial que Ortega pusiera en marcha<sup>36</sup>.

Eran muchas las dificultades y amarguras que se habían acumulado en el ánimo de Ortega desde su llegada a Buenos Aires, a la que se agregaba la pena por el fallecimiento de su madre que, según le confiesa a su amiga Luisa Caturla en carta del 2 de abril de 1941 desde Buenos Aires, era de estos momentos que se llevaban parte y grandes trozos de uno mismo. Siente que “empieza uno a ser fragmento y no le va quedando más garbo que el de las ruinas”; y comenta que “en tiempos como éstos, los amigos tienen que descontar siempre una incógnita —el uno hacia el otro— a saber: en qué situación moral y estado de espíritu sorprenderán los hechos y las noticias al distante. Si ha leído usted los artículos que he escrito aquí en 1940 (la serie “Del Imperio Romano”, o sobre la volatilización de una fe, el descreimiento, asfixia y rebelión en Luis Vives), su perspicacia superlativa habrá advertido tras todo ello el esfuerzo hercúleo para mantenerse en pie con la raíz del ser viva, sana y fecunda de un escritor”. Este esfuerzo exigía una higiene emotiva complicadísima y, a veces, dura, que, según Ortega, “se deriva de la combinación de las grandes causas históricas, con la desorganización de los factores más elementales e inmediatos de la vida, merced a lo cual se convierten en cuestiones desazonadoras casi permanentes precisamente las cosas que nunca le había sido cuestión”.

A esta gran e inteligente amiga le confiesa que, en una sociedad, donde no pasa nada, su vida se ha convertido en un otoño. “En vida intelectual no hay que pensar y en vida sentimental tampoco porque —y éste es uno de los fenómenos más curiosos y más «clave»—, los corazones han caído en parálisis. No se atribuye esto a la guerra: la cosa venía preformándose de antes”. Resume la situación con una frase significativa: “Las gentes no están *chez eux*”. Aun así Ortega dice que “suelta sus velitas” para que la nave marche y para continuar trabajando, pensando aún sin estímulos en torno. Se consuela con la idea de que lo mejor de la historia es que ésta, fundamentalmente, siempre cambia.

Sus cartas a Serapio Huicci, representante de Calpe en España, no revelan mejor disposición espiritual. Le recuerda que en momentos en que él más lo necesitó, no le hizo reclamos a la casa. Cuando Ortega se enteró de que Calpe, por decisión del Consejo de España, no tenía intención de apoyarlo por haber sido contaminador de juventudes, su relación con Olarra se enfrió tanto que tuvo que intervenir de mediador Máximo Etchecopar para la futura edición y circulación de sus libros en el mercado argentino.

<sup>36</sup> 4 de octubre de 1941.

A Luzuriaga, víctima de Calpe, le confiesa que lo peor de todo era combatir contra lo que no se entiende. El sentido común le indicaba que los derechos de su Biblioteca, armada por él mismo durante años, eran propiedad intelectual suya y no de Espasa Calpe de Argentina. Ante la actitud de la editorial de conservar sus derechos, para esas fechas, octubre de 1941, Ortega intentaba llevarse lo propio para comenzar otra editorial en Buenos Aires. Pero unos días más tarde se enfrenta con la dura realidad de que ni el Banco Nación ni el City Bank le otorgan un crédito. Según confiesa un testimonio argentino vinculado a la familia Olarra que desea guardar su anonimato, la realidad era que para el argentino “Ortega había dejado de ser rentable”.

Con el transcurso del tiempo en Buenos Aires, las soluciones se esfumaban y el horizonte se volvió todavía más desesperanzador cuando Estados Unidos entró en la guerra y se perdió así la neutralidad del continente. Ortega temió, con la noticia de la suspensión del correo aéreo internacional, quedar aislado de su familia. En enero de 1942 le escribe a Marañón diciendo que su vida en Argentina había perdido todo sentido y que la adquiere, en cambio, tomando contacto con los suyos. Y le confiesa a su amigo que, a pesar de todo, Europa seguiría siendo el único continente con contenido cultural. Sin perspectivas de un futuro docente en Argentina, emprendió en el Cabo de Hornos su regreso a Europa en una gris mañana de febrero de 1942. Lo despidieron en el puerto Bebé Sansinena, Máximo Etchecopar, Luzuriaga y Ramón Gómez de la Serna.

Las amarguras de Ortega en Argentina fueron similares a las de todo exiliado, que depende de la buena voluntad del país en que debe trabajar y residir. A Luzuriaga le aconseja que conserve su trabajo, ya que desarreglar la normalidad era, en la semivida del exiliado, lo más difícil y complicado. Ortega le comunica su horror de encontrarse en una situación de desarreglo permanente del cual no parecía poder salir. Y a Marañón le comenta que mover un dedo meñique era como jugar al ajedrez. Todo se había tornado en dificultad increíble.

Tan angustiante como la suya era la situación de María de Maeztu, despojada de un proyecto estable, soñando con volver a España para incorporarse nuevamente a algún círculo docente del franquismo. Ortega era plenamente consciente de lo difícil que sería el retorno a España y se lo advierte cariñosamente a su fiel amiga. Percibe que, a pesar de su ferviente nacionalismo y su adhesión a la causa del Caudillo, por su pasado (que la vinculaba a la educación liberal y laica de la mujer institucionista), sería vista con reticencia por el régimen de turno. Ortega le da a entender que tendría enemigos y que sería *persona non grata* en la nueva situación del país. Ella dice que ignora quiénes serían sus enemigos y cuáles los amigos que tomarían represalias contra ella. Para María, todo era un misterio incomprensible; “no entiendo nada, absolutamente nada”, se quejaba. No creía que pudiera ser blanco de nadie por

pretender solamente una jubilación después de treinta y cinco años de servicio docente. Para esas fechas (1938), ya el exilio americano le estaba resultando una durísima experiencia. Le confiesa a Ortega en una carta desde Buenos Aires del 20 de agosto de 1938 que la vida en Sudamérica es terriblemente dura; “yo la hubiera soportado bien si hubiese venido más joven y con el alma menos dolida, pero ahora, tal y como estoy no puedo más, no puedo”.

### **Cuando no hay dónde volver**

La correspondencia de María con Ortega y Margarita Mayo es, quizás, la más traumática y expresiva de la realidad del exilio argentino. Pero es también patética por la situación en la que se encontraba María con respecto a los cambios de España. No entendía cabalmente la dinámica reivindicativa de una guerra civil y de la cruzada nacionalista de la posguerra. Cuando finalmente regresó en 1945 descubrió la amarga realidad a la que había aludido Ortega. La Falange le había despojado de sus sueños de recuperar la Residencia de Señoritas, y ella misma no estaba libre de sospechas, a pesar de su conexión con Ramiro de Maeztu, mártir del movimiento nacionalista. Al no devolverle Franco la ilusión de re inserción en su país, María volvió a Argentina. Murió en Mar del Plata en 1948, y su testamento de 1947, hallado entre los papeles de Ortega, es una dolorosa recriminación a los que le impidieron volver a ocupar su puesto y proscribieron su labor educativa. La puñalada traperera que ella creyó ver en el argentino también se la propinó España. Ramón Gómez de la Serna, casado con una mujer argentina, recibió la estocada de desprecio de regreso de una visita a España a entrevistarse con el Caudillo. Comenzaba así, para este español de genialidades festivas y sardónicas greguerías, amigo también de Bebé Sansinena, un largo ostracismo de olvido en ambos lados del Atlántico.

En cuanto a Ortega, el epistolario con Fernando Vela descubre hasta qué punto su presencia no tenía un lugar en la España del nacional catolicismo en el cual, según Vela, reinaba la estupidez. Vela se sintió tan desprotegido en esta España como durante el exilio. Le anticipa a Ortega que “ahora sabemos que nuestro destino personal individualísimo, lo que vamos a ser incluso dentro de nuestra propia casa, depende directa o indirectamente del resultado de la guerra y esta imposibilidad de evasión, aunque sea imaginaria, angustia”. Vela describió su exilio como viviendo en una balsa y al llegar a la isla se encontró inmerso en un nuevo nivel de disociación. En su última carta a Ortega del año 1953, a dos años de la muerte del filósofo, admitía estar aburrido y rodeado de “anegados”. Se encuentra en un circuito cerrado sin poder salir afuera y con un pasado derrumbado. Al morir Ortega, se siente definitivamente solo y muerto interiormente.

Vela, que estuvo tan cerca de las aventuras intelectuales de Ortega anunciando una segunda navegación desde la prensa porteña en 1928, vive como un exiliado en su propio entorno. Sus cartas son, quizás, las que mejor analizan los efectos “estupificadores” de cuarenta años de nacionalcatolicismo durante los cuales la voz de Ortega, a pesar de un intento en el Instituto de Humanidades con Julián Marías, no tuvo un eco adecuado en la España del menéndezpelayismo más ortodoxo.

Con respecto a esta discriminación del franquismo, es un dato interesante de los papeles de Calpe en Argentina la realidad angustiante de Ortega, como para cualquier intelectual en ejercicio, la utilización de textos de otros tiempos actualizados para uso de ideologías, de derecha o izquierda, que podrían inspirar o exaltar actitudes que él no aprobaba. Al contemplar la posibilidad de reeditar algunas obras o de compaginar con Calpe sus obras completas, Ortega accedió a someterse a una discreta censura para suprimir ciertos textos de *Ideas y Creencias* o de artículos periodísticos que pudieran entenderse con un ánimo distinto al momento en que fueron compaginados. Era éste, a su entender, no tanto un acto de censura, sino una responsable “razón genérica” para que se pudiera contemplar el contexto en que brotaron las ideas, marcando siempre en notas a pie de página las diferencias entre las circunstancias del momento y de aquel otro instante de espontánea creación. Ortega, en la correspondencia con Calpe, se aviene a diversas correcciones debido a las sensibilidades alteradas en tiempos bélicos, pero no acepta la responsabilidad de los efectos de sus obras ante el hecho de que el lector contemporáneo pudiera interpretarlas como exaltación o actitudes presentes que él no comparte. A pesar de que Ortega se cuidó de que la izquierda pujante entre exiliados en Argentina, no se adueñara de sus textos que circulaban en Buenos Aires desde la colección Austral, simultáneamente se quejaría a Olarra desde Lisboa en carta del 29 de julio de 1942 de que apenas había ejemplares de su obra en las librerías de España, sin vislumbrar en aquel entonces, la férrea censura franquista que mantendría alejado al lector español y a las juventudes universitarias de su obra durante largos años.

En 1957, ya desaparecido Ortega y en el año 1956 en ocasión del festejo del Centenario de Menéndez Pelayo en toda España con la bendición del Caudillo, Jorge Vigón acusaba a Ortega de haber desviado desde 1914 a la juventud española y americana de la tradición católica que sí había defendido el Polígrafo. Ante las invitaciones de colaborar en 1947, diez años antes, con la revista *Mundo Hispano* por invitación de Joaquín Ruiz Jiménez, Ortega no se prestó a ser utilizado como símbolo de valores hispanos dentro del régimen nacionalista, consciente de que esas formas respondían al mundo intelectual regido por la hispanidad de Ramiro de Maeztu.

El desplazamiento forzoso, la separación de amigos, las distancias, las infidelidades supuestas o reales, la ausencia de toda normalidad afectiva, laboral o existencial, la manipulación y manoseo espurio del intelectual para quienes no podía haber términos medios, fueron algunos de los efectos más desgarradores de los exilios, historias tristes en las que le confesaría Morente a Ortega desde su paraíso en Tafí del Valle, que poco a poco se perdía “la noción de existir” como verdadero intelectual español.

Máximo Etchecopar rememora, en su libro *Ortega en la Argentina*<sup>37</sup> el escaso impacto orteguiano en el último viaje del exilio. En efecto, da a entender que ni los ricachones españoles ni los amigos argentinos respaldaron los intentos efectivos de poner en práctica su idea editorial de alta cultura, con la excepción de Kraft, proyecto que tampoco prosperó por renuencia de Ortega. Sin duda, el hilo tenue de las amistades porteñas sufrió también el resultado de estos fracasos. Bebe Sansinena, su más sólida amistad, es la que más vivamente le reprocha sus silencios después de su partida. Ella y Fernando Ortiz Echagüe eran las personas por las que Ortega sentía la más honda gratitud. Con Victoria llevaba “distinta cuenta”, y merecía ese vínculo un lugar aparte. Pero es la propia Victoria la que recuerda en su artículo póstumo sobre Ortega que, después de una ausencia de años, le desasosegaba el temor de descubrir en una mirada o un gesto “el aflojamiento de nuestros lazos de amistad”.

En tiempos de paz y prosperidad para Europa y España, la óptica sensata de Ortega para las generaciones que no vivieron la traumática experiencia de guerras vuelve a adquirir vigencia. En cuanto se vuelve a oscurecer el panorama europeo o universal con enfrentamientos ideológicos irreconciliables de los que emerge el alma irracional, se oscurece la trascendencia de la conciencia ecuánime y el libre examen de esencialidades que Ortega vislumbró. Pero no todos pensaban así. Parecería que, con Ortega, no se ha logrado superar acabadamente “la ley del agua revuelta” al término de las guerras (utilizando un comentario de 1939 de Establier a Ortega) manteniendo su figura entumecida bajo el dedo acusatorio del intelectual que mantuvo silencios incomprensibles mientras buscaba en la razón histórica, y no en el presente, las causas de la barbarie y decadencia de Occidente.

León Dujovne, en su libro sobre *La concepción de la Historia en la obra de Ortega y Gasset* (1968)<sup>38</sup>, considera que Ortega se convirtió en un objetivo espectador que no quiso comprender opiniones en materia política y social porque consi-

<sup>37</sup> Máximo ETCHECOPAR, *Ortega en la Argentina*. Buenos Aires: Institución Ortega y Gasset, 1983.

<sup>38</sup> León DUJOVNE, *La concepción de la Historia en Ortega y Gasset*. Buenos Aires: Rueda Filosófica de Santiago Rueda, 1968.

deraba que tal compromiso era indigno del filósofo. Lo que el filósofo debía hacer era describir y analizar los acontecimientos, pero no aprobarlos o condenarlos. En la opinión de este profesor argentino, Ortega fue un artista y un filósofo que no hizo todo lo que pudo porque dispersó su labor por ámbitos distintos y porque concluyó siendo demasiado “neutral” ante hechos de ese entonces, como para poder asumir las responsabilidades del pasado hacia el porvenir. En otras palabras, su “excesiva objetividad” ante los acontecimientos de los que fue testigo fue su gran pérdida como intelectual, proyectándose, según Dujovne, hacia la historia humana, sujeta a la fatalidad. No obstante, reconoce Dujovne que su vida fue verdaderamente dramática, que como filósofo e historiador no pudo dar todo lo que podría haber dado de sí, entre otras razones por la dolorosa circunstancia de tener que afrontar en sus últimos años las penurias materiales y económicas a las que lo sometió su condición de exiliado permanente.

Los epistolarios que hemos analizado cuidadosamente con doña Soledad Ortega desde 1936 hasta 1942 no sólo confirman la profundidad de la depresión de su padre por lo que ocurría en Europa; expresan también su gran decepción con la sociedad argentina de cara a ese público que no supo interpretar, en la alteración generalizada, las diversas significaciones de su pensamiento intacto de política, de hondas y urgentes propuestas humanas para retomar rumbos perdidos o la prosperidad soñada sudamericana. El exilio no permitió que su palabra persuasiva fuera eficaz instrumento de un necesario cambio en algunas ingentes realidades argentinas, como la inestable sociedad de masas, el Estado improvisado, la insurgencia militar, la vida personal frívola de las minorías dirigentes, la intolerancia política partidista frente a los nuevos desafíos que presentaba la situación internacional.

En 1916, en el contexto de la Primera Guerra Mundial, Ortega habría insinuado en Argentina que había que tener ante la historia del futuro, la modestia de no escribirla antes de que acontezca, pero a la vez la obligación de anticipar todas sus posibilidades “y salirse armado” para estar alertas y en vigilia ante los rumores de un nuevo amanecer. Eugenio Pucciarelli, contrariamente a lo que pensaba Dujovne, diría en 1983 en un encuentro de intelectuales que “de la actitud general de Ortega se desprende una lección permanente. No se sintió atado al pasado, sino abierto al porvenir, y toda su obra es un esfuerzo extraordinario para anticipar rasgos del futuro, no avanzar a ciegas sin saber de antemano qué nos espera”<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> Eugenio PUCCIARELLI, “Ortega y el conocimiento absoluto”, en el volumen *Ortega y Gasset en el destino de América Latina*. Buenos Aires: Fundación Banco de Boston, 1983, p. 11.

En ese mismo encuentro de intelectuales conmemorando el centenario de Ortega, Julián Marías intentó explicar al Ortega que dijo “no” a las beligerancias, oponiéndose a las soluciones bélicas, aconsejando prudencia en los juicios a futuro, manteniendo ciertos silencios por razones personales y de seguridad familiar que aparecen en los epistolarios más íntimos. Marías admite que a Ortega estos silencios le merecieron la réplica hostil de una parte de la sociedad porteña con quien socializaba y las mayores amarguras de su vida, que recibió más de amigos que conocían su situación en el exilio que de enemigos. “Ortega me ha dicho muchas veces, confiesa Marías, que en ninguna parte ha sido tan feliz y tan infeliz como en Buenos Aires”<sup>40</sup>. Los epistolarios dan claro testimonio de esta realidad intimista que debería ser cotejada y analizada a la luz de sus textos publicados en *La Nación* desde 1930 hasta su despedida final en 1952, cuando intentó ante los argentinos definir por última vez el papel del intelectual al analizar el estilo filosófico en torno al “Coloquio de Darmstadt”<sup>41</sup>.

No es por casualidad que, pasada ya la animosidad bélica europea y cuando los argentinos padecían su propia crisis política dentro del período peronista, Ortega volviera a analizar desde el diario *La Nación* la relación entre pensamiento y lenguaje, entre el escritor y pensador, anteponiendo las ideas al lenguaje. En esta serie de artículos describe al pensador como aquel que se encuentra ante la lengua en una situación dramática porque el pensador es el que descubre y revela realidades nunca vistas antes por nadie.

La lengua, aquella obsesión orteguiana del exilio, que desde su ensayo en *La Nación* “Miseria y Esplendor de la Traducción”<sup>42</sup> y “Prólogo para franceses”<sup>43</sup> de 1937 que le llevó a plantear una reforma lingüística desde la problemática de la traducción y desde el interés dramático del decir humano en tiempos de alteración y de poca comprensión entre naciones, reaparece en este mismo diario en el año 1952 al publicarse sus tres artículos de la serie “En torno al coloquio de Darmstadt”. Esta vez encara la cuestión desde la óptica de un órgano colectivo, como el medio que expresa lugares comunes, cosas

<sup>40</sup> Julián MARIAS, “Las sucesivas visiones de América en Ortega”, en *Ortega II. Las trayectorias*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, p. 23.

<sup>41</sup> Los tres artículos “En torno al Coloquio de Darmstadt” se publicaron en tres partes en *La Nación* los días 6 y 15 de junio y 27 de julio de 1952.

<sup>42</sup> La serie “Miseria y Esplendor de la Traducción” apareció en sucesivos artículos en el diario *La Nación*: “La miseria” (13 de julio); “Los dos utopismos” (20 de junio); “Sobre hablar y callar” (27 de junio); “No hablaremos en serio” (4 de julio); “El esplendor” (11 de julio).

<sup>43</sup> “Prólogo para franceses” apareció en sucesivos artículos en el diario *La Nación*: “Límites de la Palabra. La homogeneidad creciente” (18 de julio); “Unidad europea” (25 de julio); “El viejo liberalismo. Las doctrinas” (1.º de agosto); “La variedad de situaciones” (8 de agosto); “Europa la termitera. Los demagogos” (15 de agosto); “El método de la revolución y de la continuidad” (22 de agosto).

consabidas por todos, pero que el pensador utiliza para ir más allá en el decir. Él tiene que formularse a sí mismo y para los demás dentro de una entrevisión de las cosas, una fórmula incompleta de ellas en donde debe crearse un lenguaje nuevo para no caer en el preestablecido. Ello conduce, afirma Ortega, a que quizás nadie entienda, y si se atiene a los vocablos usuales no logre decir su nueva verdad. Lo peligroso, a su entender, es quedarse atrapado en una terminología mineralizada, en palabras usadas para quien debería ser creador de pensamientos dinámicos, siendo que el genio analítico debe tener un peculiar talento para nombrar sus hallazgos.

Cuando Ortega, en esta última intervención desde *La Nación*, llega a definir para el lector el buen estilo filosófico, lo cataloga como aquél que, evadiéndose de las terminologías vigentes se sumerge en la lengua común, pero no para usarla como existe, sino reformándola desde sus propias raíces lingüísticas tanto en el vocabulario como en la sintaxis. Utilizando el estilo de Heidegger como ejemplo, Ortega sostiene que la palabra puede poseer una multiplicidad de sentidos que residen en ella estratificados, unos más superficiales y otros más cotidianos o recónditos. Heidegger atraviesa el sentido vulgar y externo de la palabra, lo anula, y hace emerger de ella su sentido fundamental.

Este afán de devolverle al lenguaje su verdadero sentido, fuera de lo anecdótico o casual, fue, en tiempos del exilio, la clave del profundo desencanto con su público preferido. Porque detrás del uso del lenguaje, en aquel entonces mal aplicado, vaciado de contenido, que todo lo iguala, como era el caso del discurso positivista, se escondían juicios personales, ideologías políticas, arbitrariedades en el decir, profundos resentimientos en los cuales se sacrificaba la autenticidad de una palabra, quitándole la raíz de su más profundo contenido histórico.

Este pueblo joven, de identidad endeble, que con facilidad asombrosa daba lugar a cambios de significación en las palabras, que reclamaba el derecho a reinventar su idioma para los argentinos reprimiendo el sentido originario del lenguaje al que sustituía por significaciones cosmopolitas (que el azar hacía caer sobre el vocabulario), no comprendió el dilema de Ortega en el exilio queriendo recobrar para sí mismo la precisión y el rigor en el pensar y hablar. En “Meditación del Pueblo Joven” y en “Meditación de la Criolla” expresó su gran frustración por no poder acariciar la palabra en su arcana raíz, en su realidad colectiva, como sí había logrado la filosofía de Heidegger para sus contemporáneos.

Ortega, en su despedida periodística, admite que no consiguió conquistar en Argentina el sentido originario de “lo consabido”; y no lo logró desde la intimidad de la lengua hispana compartida, de aquella lengua latina que era, a su entender, la raíz de los pueblos sudamericanos, de su identidad hispánica de

donde provenía su historicidad y su intimidad identificatoria dentro de la ciencia que la descubre, que era la lingüística.

Si en tiempos de guerra el lenguaje que dominaba era el de las ideologías extremas incluso entre los “cultos”, Ortega retornaría en los años 50 al lema de su artículo del año 1925 “La Reforma de la Inteligencia”<sup>44</sup>, donde comenzó a demarcar la línea divisoria entre el político y el filósofo. Esta vez haría hincapié en la separación entre el escritor o poeta que se mueven en formas de pensar distintas. Pero el suelo sobre el cual se moviliza el pensamiento es el de la filosofía, que puede ser erudita, popular, propia o ajena, vieja o nueva, genial o estúpida, pero es siempre planta viviente sobre la que se aferran los hombres, incluso los propios políticos, que se irritan con el filósofo. Al analizar el papel del especialista o del profesional en Filosofía, Ortega defiende a rajatabla su muy desprestigiado oficio de pensador profesional, exonerando incluso el estilo filosófico de los latinos, que consistía en la claridad y no en razonamientos difíciles o en oscuridades germánicas que han hecho sudar a los pueblos para ser entendidos.

Ortega insiste en 1939 con el argentino que el filósofo rumiaba lentamente, y que no le tuvieron paciencia porque en tiempos de acción directa la excursión filosófica parecía un proceso escapista, o la interpretación de su razón histórica como perpetuo retroceso (dispersión por no decir evasión de razonamiento por analogía como diría Dujovne). En 1952 anunciaba desde Alemania, y para su público periodístico, la necesidad de retomar el rumbo filosófico, de arriba para abajo, yendo detrás y por debajo de todo lo que hay por ahí, y por debajo incluso de los principios y teorías en ejecución.

Era en definitiva su razón histórica, tan menospreciada en tiempos del exilio, la que volvía como un ejercicio necesario para cuestionar verdades establecidas de la ciencia o civilización, para verles la espalda y el asiento, descubriendo sus derivaciones o falsedades a fin de otorgarles más firmeza. Para el buen burgués, dice Ortega, el filósofo es peligroso porque trastoca su conformismo encerrado en un lenguaje que esclaviza para no pensar a fondo.

Para los argentinos el mensaje llegaba cuando se iniciaba un período de desencuentro nacional, de disensión radical en el cual muchos escritores y amigos de Ortega que en otro tiempo habrían defendido la democracia liberal contra el “totalitarismo”, frustrados por el populismo gobernante, la adhirieron a revoluciones cívico militares, “salvadoras”, con que se anulaba la constitución para acabar con el “fascismo” del peronismo y las masas obreras en ascenso. Era una nación que no había encontrado esa “bisagra” de concordia social y política que Ortega propuso desde el diario *La Nación* en sus ensayos

<sup>44</sup> “La reforma de la inteligencia” se publicó en *La Nación* el 26 de abril de 1925.

de exilio sobre el Imperio Romano en 1940. Desde allí advertía que al someter nuevamente las palabras a un lenguaje en el que nada es común entre los contendientes, se destruía el Estado y con él todas las vigencias de ideas, normas de estructuras en que apoyarse para un futuro democrático.

Ésta era la situación en que Argentina iniciaba la cuesta de su más traumático período histórico. Como dejó dicho Ortega desde La Plata en 1939, se dejaba atrás el delicioso aire bucólico de la era colonial, ese campo abundante en derredor de unos pocos, para comenzar su verdadera peregrinación histórica en la que se cerraba su adolescencia de progresismo utópico para entrar en otra refundación social.

Quizás quien mejor sintetizó desde la experiencia argentina el final del exilio americano de Ortega fue su amigo Roberto García Pinto, quien con el correr de los años, en 1966<sup>45</sup>, recordaba cómo Ortega prefirió durante su exilio reducir al mínimo su actuación intelectual por no entenderse con la gente. “Se recluyó en un altivo silencio, aislándose del aire embravecido que emanaban las recientes luchas políticas y los años inmediatos a la conclusión de la Guerra Civil Española, que incitaba a los frenéticos a buscar camorra y a comprometer a la gente dentro de ideologías de pugna. Un día le oímos decir que «se vivían tiempos de catacumbas», de resguardar la fe de cada uno bajo la tierra hasta el resurgimiento de una era de paz que fuera de nuevo propicia para el pensamiento”.

Rememoraba García Pinto cómo esas cualidades de vida ascendente, que florecieron en años anteriores, y estimularon a Ortega intelectualmente, no se pronunciaron en su último viaje del exilio a favor del filósofo. Los allegados, los supuestos amigos porteños, carecieron de visión y generosidad para impulsar su proyecto editorial, pudiendo brindarle apoyo financiero para su subsistencia. La explicación se debía a que “el país en general padecía una ola de torpeza y de cerrazón mental premonitória de la profunda crisis en que iba a precipitarse. Pronto todo fue desbarajuste y aflicción de espíritu como si una bíblica maldición anegara nuestra tierra y nuestras esperanzas”. Y añade: “El hecho de que la Universidad Nacional de Buenos Aires no le hubiera brindado a la mayor cabeza pensante del mundo hispánico una cátedra como titular de filosofía o un instituto de importancia para estudios y cursos de su especialidad, como se lo hubiera hecho en cualquier país de jerarquía intelectual, significó una aberración, un lamentable ejemplo de obnubilación mental y hasta moral”.

Continúa García Pinto: “Tuvimos ocasión de asistir, dentro de un círculo de amigos, al anuncio de su partida y fue grande el desasosiego y la sorpresa de

---

<sup>45</sup> Roberto GARCÍA PINTO, “Los pasos de Ortega en la Argentina. Al paso de las ideas. Estudios y Comentarios”, Salta, 1989, pp. 57, 75 y 76.

los contertulios, especialmente de aquéllos que no habían procurado realizar los esfuerzos necesarios para evitarla”. Su comentario retrospectivo es que nadie pudo prever que “su bronco acento viril que de modo tan profundo contribuyó a formar lo mejor de la Argentina intelectual de nuestro tiempo ya no sería escuchado otra vez”.

Ortega se habría marchado de Sudamérica para siempre, gastado por los males del cuerpo y del alma y, como dejó dicho al concluir su “Meditación de la Criolla” su voz empezaba a extinguirse. Había caminado mucho, ciega y sorda; se habría extenuado en muchos sitios sin saber lo que en ellos pasaba. En su exilio dejaba constancia de que prefería ya volverse hacia sí mismo, retirarse del mundo público, apagarla de su audiencia argentina en un contundente adiós porque no llegó a realizar, como otros exiliados republicanos, una posible y fecunda vida argentina.

A decir verdad, el argentino no le acompañó en su exilio, ni le permitió ocuparse con plena energía intelectual a encarar su razón histórica y dentro de ella los principios de una nueva filología para despejar equívocos y la desconfianza del idioma por las diversas significaciones distorsivas, producto del lenguaje que confundía etimologías en tiempos de crisis. En Buenos Aires habría sentido, no como teoría sino como experiencia personal que “para decir algo, nada más que algo, tenemos que renunciar a decir todo lo demás”. Y se refería sólo a lo que habría que decir para que, efectivamente, estuviese expresado con integridad, ese algo que le urgía decir. Es en nuestro país donde Ortega elaboró la relación entre circunstancia y lengua, siendo la circunstancia la que ponía los elementos principales en la comprensión de lo que se decía. Era evidente a su entender que cada palabra, aun la menos equívoca por sí misma, cambiaba de significado, dependiendo de quién la pronunciara y quién la escuchara; tenía otro matiz según quién la decía o quién la oía en un momento determinado.

Ortega en “Meditación del Pueblo Joven” eleva a principio esta fórmula vagabunda y hace notar que toda palabra “aun aparte de sus equívocos sabidos y normales, aun usadas en una sola de sus significaciones significa infinitas cosas, más o menos distinta, según quien la dice y según sea quien la oye. Díganme ustedes, siendo así la realidad del hablar, cómo no va a ser difícil entenderse. Y siendo que la Argentina era de habla hispana y no necesitaba de los riesgos de la traducción de un idioma a otro, advertía que no bastaba para entenderse conocer bien la lengua compartida sino que además para entenderse de verdad debían conocerse los que hablaban; de lo contrario “la conversación se encrespa y se destruye en una serie infinita de *quid pro quo*, de malas inteligencias”. Al concluir, redondea su idea con este mensaje: “La realidad del lenguaje no es la figura abstracta y desnuda que de él nos dan, porque no

pueden otra cosa y harto hacen, el vocabulario y la gramática, sino esa novedad constante, esa variación permanente que experimenta una misma palabra en el diálogo de hombre a hombre, en el viaje nuevo de tal labio a tal oído”. Le recuerda a su auditorio que ejerce el papel de escucharle, que en treinta años de labor universitaria había hablado en público relativamente pocas veces, temiéndose que dar condiciones previas para que se produzca esa realidad sublime; “tal vez la más alta a que pueden aspirar los hombres –ese sacramento de humana comunión– que es entenderse hablando”.

Es en este sentido profundo que su exilio argentino, como demuestran los epistolarios, le resultó una experiencia terrible, tan traumática que en su vuelta a Europa no retomó su diálogo con nuestra sociedad, únicamente para defender desde su *Diálogo en Darmstadt*, artículos que se publicaron en el diario *La Nación* en junio-julio del 52, su reputación de intelectual puesta a prueba durante su exilio. Era la última oportunidad para que nuevas generaciones argentinas, iniciando la histórica pendiente peronista, oyeran la voz de un filósofo que desnudó su vida diciendo cosas entre los argentinos.

Citando a Heidegger, y dentro del ánimo de la reconstrucción de una Alemania en ruinas que tenía que ser reconstruida desde sus bases arquitectónicas, Ortega dejaba caer ante el argentino su última propuesta como pensador, trayendo a la atención de su lector lo que eran, esencialmente, la filosofía y el rol del filósofo: la intención de comunicarse con aquella claridad de estilo, que era la cortesía del filósofo en tiempos de paz y recuperación europea. ●

## ■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CAMPOMAR, M. (2003): *Ortega y Gasset en La Nación*. Buenos Aires: El Elefante Blanco.
- (1999): "Ortega y Gasset y el proyecto editorial de Espasa Calpe Argentina", *Revista de Occidente*, 216, pp. 99-116
- DUJOVNE, L. (1968). *La concepción de la Historia en Ortega y Gasset*. Buenos Aires: Rueda Filosófica de Santiago Rueda.
- ETCHECOPAR, M. (1983): *Ortega en la Argentina*. Buenos Aires: Institución Ortega y Gasset.
- GARCÍA PINTO, R. (1989): "Los pasos de Ortega en la Argentina. Al paso de las ideas. Estudios y Comentarios", Salta, 1989.
- MARAÑÓN, G. (1941): "Soledad y libertad", en *Vida e Historia*. Buenos Aires: Espasa Calpe, colección Austral, pp. 9-37
- MARIAS, J. "Las sucesivas visiones de América en Ortega", en *Ortega II. Las trayectorias*. Madrid: Alianza Editorial, 1983.
- OCAMPO, V. (1966): "Vida de la Revista *Sur*. 35 años de una labor", n.º. 303-304-305, p. 17.
- ORDÓÑEZ LÓPEZ, P. (2009): *Miseria y esplendor de la traducción. La influencia de Ortega y Gasset en la traductología contemporánea*. Castellón de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1983): *Obras completas*. Tomo VIII. Madrid: Alianza Editorial.
- (2008): *Correspondencia: José Ortega y Gasset, Helene Weyl*, edición de Gesine Märten. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Manuel García Morente. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Lorenzo Luzuriaga. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, María de Maeztu. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Victoria Ocampo. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Luis Recasens Siches. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- Correspondencia: José Ortega y Gasset, Sánchez Albornoz. Madrid: Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.
- PUCCIARELLI, E. (1983): "Ortega y el conocimiento absoluto", en *Ortega y Gasset en el destino de América Latina*. Buenos Aires: Fundación Banco de Boston.